

¡S.O.S., PLUTÓN!

H. S. THELS

COLECCIÓN

ESPACIO

¡ S.O.S.

PLUTÓN !

por

H. S. THELS



EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRÁFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 12 Barcelona

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión "X"

9 Planetoide 2.012

10 "Ellos"

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

21 La vuelta de Gulliver

22 La incógnita de Marte

23 Estampida al satélite

24 Las máquinas locas

25 Viajes prohibidos

26 La amenaza negra

27 Elia, reina de Júpiter

28 Las minas del cielo

29 F. B. I contra Marte

30 ¡S.O.S., Plutón!



CAPÍTULO PRIMERO

Las potentes turbinas de reacción atómica hacían que la astronave vibrase un poco, como si estuviese sacudida por un prolongado estremecimiento producido por el frío sideral.

En la cabina, situada en el tercer piso de la proa, Henry Tibbott, recostado cómodamente en su sillón de aire comprimido, miraba distraídamente la serie de luces que se encendían y apagaban sobre la superficie, repleta de cuadrante de aguja, del piloto automático.

En realidad, la mirada de Henry iba mucho más lejos que aquel conjunto de luces que parecían vivir una existencia propia, como diminutos corazones que latiesen a un ritmo medido y uniforme. El joven piloto del Astronef X-321 estaba profundamente ensimismado y su imaginación había quedado atrás, mucho más lejos de donde las últimas chispas, que brotaban de los reactores, se apagaban en el Espacio.

Si, mucho más atrás; en el lejano Plutón que, en el espejo retrovisor, no era ya más que una estrella entre las miles que parecían rodearla. Aquella lejanía era lo que más dolorosamente se clavaba en el corazón de Henry; una lejanía que tomaba, a cada instante transcurrido, una significación más dolorosa para él.

Si no hubiese sido por la facultad del recuerdo, el dolor hubiera llegado a ser algo intolerable; pero, afortunadamente para los Hombres y específicamente para el piloto Henry Tibbott, la mente humana podía refugiarse en el agradable y tibio mundo de los recuerdos…

Las imágenes de un pasado relativamente cercano empezaron a desfilar por su cerebro, colmando de dicha su corazón. Porque aquellas imágenes estaban íntimamente ligadas al profundo cambio que en su vida se había efectuado.

Un año antes…

En el inmenso Spaciodromo de Nueva York, una multitud de curiosos se agolpa, alrededor del cordón policíaco que las autoridades se han visto obligadas a formar, para observar, sin perder el menor detalle, la marcha de una astronave que va a intentar reconocer el más lejano planeta del Sistema Solar.

Una brisa casi helada de aquel mes de enero, no impide qué él

gentío muestre un entusiasmo acalorado por aquella expedición. No obstante, a lo largo de todo el siglo precedente — ahora empieza el XXVI — el público ha seguido con interés las expediciones que han jalonado de éxito sus visitas a los planetas cercanos a la Tierra. Venus y Mercurio no han podido ser visitados por la imposibilidad de posarse en sus ardientes tierras; Marte ya es una colonia de la Tierra y son muchos los viajeros que lo visitan; Júpiter no ha sido explorado más que superficialmente, debido a su gigantesca fuerza de gravedad. Saturno, Urano y Neptuno han recibido la visita de sabios investigadores que han sacado en consecuencia la inutilidad de establecer allí cualquier clase de colonia humana.

En cuanto a Plutón...

Nadie hubiera pensado en ir a los lejanos confines del Sistema Solar. Absolutamente nadie, si el espectroscopio no hubiese delatado la presencia, en el lejano hermano de la Tierra, de una riqueza en un nuevo metal: el clepton, capaz de resistir cualquier violencia y cualquier temperatura, en láminas de menos de un milímetro de espesor.

Pequeñísimas cantidades de este metal fueron halladas en Uranio. De ahí la enorme importancia que para la civilización tiene esa expedición que va a salir, rumbo a Plutón, teniendo que recorrer antes de llegar a él una distancia de tres mil quinientos setenta y siete millones de millas.

Al encontrar, entre sus recuerdos, la frialdad de aquellas cifras, el ceño del joven piloto se frunció profundamente, mientras sus pupilas adquirían un brillo netamente metálico.

¡Tres mil quinientos setenta y siete millones de millas!

Ahora, cuando se va alejando, esas millas pasan bajo la astronave, separándola cada vez más de algo que quedó allí, en Plutón, que ya no es más que un diminuto punto brillante en la infinita lejanía del Espacio.

En el momento de la salida, cuando las turbinas rugían roncamente y un cono de humo blanquecino envolvía la base del cohete, la gente prorrumpió en una estruendosa ovación. Y el piloto, Henry Tibbott, también se alegró de formar parte de algo que debía ser tan importante para la Humanidad.

No pensaba entonces que las cosas se complicarían para él de un modo tan inesperado. Tampoco sabía entonces, ya que lo supo dos días después, en pleno camino, que en la expedición de sabios que

debía llevar hasta Plutón, había dos mujeres. Lo supo cuando, determinado ya el camino de la astronave, corregidos los cambios que habían producido las aceleraciones iniciales y dispuesto ya el piloto automático para el largo camino, dejó a Paul, su ayudante, los cuidados de la cabina de pilotaje, descendiendo por vez primera desde que el viaje empezaba, - al suntuoso comedor del primer piso.

No la vio entrar, ya que distraído se dirigió al pequeño bar para saciar una sed que había combatido tenazmente durante aquellas últimas cuarenta y ocho horas. Tampoco se había cambiado de traje y llevaba, un sucio y aparatoso equipo de piloto, que le hacía parecer a un antiguo y grotesco muñeco que representaba una célebre marca de neumáticos.

Fue al terminar de beber su primer vaso, al hacer girar su asiento, cuando la vio sentada en la amplia mesa y rodeada de hombres que charlaban animadamente.

Su perfil, su belleza era un tanto agresiva, quizá por lo anguloso de sus rasgos y por la ligera elevación de su nariz respingona. La toca que llevaba sobre la cabeza parecía apenas dominar y retener la cascada dorada de sus cabellos que caían rebeldes sobre sus hombros, dejando que una mecha se encaracolase sobre su sien izquierda.

De vez en cuando, el cigarrillo que fumaba pausadamente le hacía entornar los ojos y una divertida mueca contorsionaba ligeramente su rostro. Henry la contempló atentamente, haciendo caso omiso de las palabras que a su oído susurraba el "barman".

Pero, cuando por algo semejante a una intuición, o a esa vaga sospecha que suele aparecer en una persona curiosamente observada, ella volvió el rostro, el piloto se estremeció al comprobar que el perfil no era más que un módico y recatado adelanto de la belleza de aquella criatura.

En realidad, Tibbott no era lo que suele calificarse como un hombre enamoradizo. Por el contrario, solía mantenerse bastante apartado del elemento femenino al que hacía, en verdad, muy poco caso. Hundido hasta el cuello en su trabajo — era uno de los astro-pilotos que más kilómetros había recorrido — estaba profundamente enamorado de su profesión en la que había llegado a ser un verdadero as. Debido a aquello, a su fama bien merecida, fue elegido entre muchos para llevar a cabo aquel peligroso viaje.

Fue aquella una de las pocas veces en que perdió él control del que tanto se vanagloriaba. Y no fue solamente la belleza visible de la

muchacha lo que alteró inopinadamente su habitual impasibilidad, sino algo impreciso, un efluvio que parecía emanar de ella y que al cruzar su mirada con la de la mujer, le produjo una sensación de malestar difícilmente explicable.

Decidido a defenderse a toda costa, volvió tranquilamente la espalda al salón, y pidió un nuevo vaso que le ayudase positivamente a alejarse de la influencia de la muchacha. Pero de la misma forma que debió ocurrirle antes a ella, sintió, una comezón en la nuca que no podía significar sino que la joven le estaba, a su vez, mirando con insistencia.

Henry, después de volverse y comprobar la realidad de su sospecha, avanzó decididamente hacia la mesa, y dirigiéndose al jefe de la expedición científica, única persona que conocía, entabló conversación con él logrando, pocos minutos más tarde, sentarse junto al profesor Anthony Pagan.

—Parece ser — dijo el sabio—que tendremos un viaje magnífico. Lo único molesto es lo que tardaremos en llegar a Plutón. Estoy seguro de que nuestros antepasados pensaron que llegaríamos a conseguir mayores velocidades de las que hemos conseguido.

—En realidad — repuso el piloto — no creo que cubrir esta fabulosa distancia en ciento cincuenta días sea ir demasiado despacio...

—No es la velocidad, sino la impaciencia que tenemos todos por encontrarnos allí. No crea que es solamente el problema de los yacimientos del nuevo metal lo que nos interesa. En realidad, en Plutón hay muchos apasionantes problemas que resolver.

—No se quejará usted por falta de tiempo — dijo Henry con una sonrisa.

Un año que no crea usted que será demasiado largo para nosotros. Pero, el Gobierno mundial nos ha impuesto implacablemente ese plazo, ya que necesita un rápido informe sobra los yacimientos que le interesan.

Tibbott intentaba vanamente desviar la conversación, ya que solamente lo que le interesaba era conocer la identidad de la muchacha que, de vez en cuando, se atrevía a mirar hacia él. Por fin, y aprovechando un claro en la conversación del profesor Pagan, inquirió:

—¿Podría usted decirme quién es esa señorita rubia?

Distraído, Pagan tardó unos minutos en digerir la pregunta que acababan de hacerle; luego, sonriendo bonachonamente:

—¡No tiene usted mal gusto, capitán! Esa señorita tan bella es la profesora Margaret Farrington, el geólogo de nuestra expedición.

—¿Esa señorita Un geólogo? Creía que la belleza y la ciencia estaban reñidas desde hace tiempo.

—Se equivoca usted, mister Tibbott. En este caso, la belleza no es nada comparable con la capacidad científica de su poseedora — los ojillos traviesos del profesor se fijaron más intensamente en el rostro del piloto—: Creo que está muy interesado… Espere, voy a presentársela.

Se levantó, y seguido de Henry, dio la vuelta a la mesa hasta llegar a espaldas de la joven. Ésta, que lo había visto perfectamente todo, se levantó solícita, demostrando un respeto jerárquico a su superior.

—Profesor Pagan — musitó con una voz eminentemente musical.

—Voy a presentarle al hombre que tiene en sus manos nuestros destinos hasta que lleguemos a Plutón, y que volverá a tenerlos un año más tarde, cuando volvamos a la Tierra. El capitán Tibbott, miss Farrington…

Henry, hombre de mundo, se inclinó ceremoniosamente besando con ligereza la mano que le extendía la joven. Ésta, a su vez, inclinó la cabeza sonriendo al mismo tiempo.

—Encantada, mister Tibbott.

Durante un largo minuto, que le pareció poseer la duración de un siglo, el piloto no supo qué decir. Luego, al lograr escapar de la intranquilidad extraña que se había apoderado de él:

—¿Le molestaría, miss Farrington, probar uno de esos deliciosos combinados que hace nuestro “barman”?

—Me agradaría mucho.

El hielo se había roto y el profesor Pagan, profundamente interesado en una charla que acababa de iniciar con el compañero de mesa de la muchacha, no se percató de que los dos jóvenes se dirigían del brazo hacia el bar.

El “barman” comprendió perfectamente el significado del guiño

que le hizo Henry, por lo que se deslizó a la trastienda para preparar algo que tuviese categoría de explosivo. Entretanto, el piloto intentaba empezar a conocer a su linda acompañante.

—Usted perdonará mi ignorancia y mi atrevimiento, pero no acierto a comprender cómo una mujer puede encontrar placer en permanecer aislada, en el más lejano de los planetas y rodeada de una serie de viejos gruñones, que no harán sino discutir de las cosas más aburridas del mundo.

Ella, antes de contestar, sonrió de aquella particular manera, haciendo que el piloto descubriese nuevos motivos de admiración en ella.

—No tengo que perdonarle. Es natural que usted no comprenda todo el maravilloso interés que esto tiene para mí. Le aseguro que todos esos a los que usted ha llamado viejos gruñones son los hombres, los únicos hombres, que no me aburren al hablar. Todos ellos son les mejores especialistas de sus respectivas materias y me siento profundamente orgullosa de haber sido admitida a formar parte de esta expedición. En cuánto a la soledad de una mujer, sepa que no soy la única, ya que miss Della Downey, nuestra secretaria y archivadora, forma parte de la expedición.

—¿No habría sitio en ella para un pobre piloto?

Margaret tornó a sonreír.

—No crea que no envidio su profesión, mister Tibbott. Si hubiese nacido hombre, me hubiese encantado poder recorrer, como usted lo hace, los espacios intersiderales… Estoy segura de que tendrá usted una idea bastante mezquina de las distancias cuando se encuentre en la Tierra.

Y así empezó todo aquello…

Ahora, con los ojos semicerrados, observando distraídamente las luces que se guiñaban en el piloto automático, Henry piensa en aquello, piensa en Margaret, “su” Margaret, porque después de aquel día, de aquellos combinados y de aquella charla, aparentemente inocua, han pasado muchas cosas.

Ciento cincuenta días de navegación es mucho tiempo, lo bastante para que un hombre y una mujer puedan comprender que la casualidad de un encuentro llega a convertirse en algo mucho más profundo… si el destino se empeña.

Y en lo que se refirió a Margaret y Henry, el destino parecía estar dispuesto a unirlos desde el principio de los tiempos.

La vibración de la astronave al introducirse insidiosamente entre los recuerdos, como una prosaica llamada de la realidad, volvió a hacer pensar en la distancia que, ampliándose sin cesar, iba separándole de la mujer de la que se había enamorado tan profundamente.

Cuando finalizaba el viaje, cuando ya Plutón era un disco azulado en el horizonte, las promesas se habían convertido en realidades y un compromiso existía entre ambos, un compromiso encaminado a unir sus vidas para siempre.

Una vez en Plutón, durante el mes que costó instalar la descomunal esfera metálica que se enterró casi totalmente en los hielos del planeta, y donde debían vivir los miembros de la expedición durante un largo año, Henry intentó, por todos los medios a su alcance, disuadir a Margaret y convencerla para que volviese con él a la Tierra.

Fue quizá la única escena áspera que se desarrolló entre ellos, sin que por un momento significase un peligro de ruptura. Pero, el piloto hubo de plegarse a las sencillas realidades que brotaban de los labios de la muchacha y que, en aquel momento, hablaba más como geólogo que como mujer.

—No puedes imaginarte — le dijo — todo el dolor que dejas en mi corazón y toda la congoja con que habré de considerar este largo año que va a separamos. Pero no has de olvidar que he luchado toda la vida por conseguir formar parte de algo, cuyo interés quizá no puedas comprender. Yo estoy enamorada de mi profesión, como tú lo estás de la tuya. Sin embargo, te prometo solemnemente que una vez haya terminado nuestra estancia en Plutón, abandonaré todo lo que signifique tener que separarme de ti un solo minuto.

Recordaba .ahora, mientras el silbido de las turbinas formaba un monótono fondo musical, que al pronunciar aquellas palabras, los ojos de Margaret habían adquirido un extraordinario brillo, que acabó traduciéndose en dos lágrimas que se deslizaron pausadamente por sus mejillas.

Abandonando la abúlica posición, que realmente incitaba a la tristeza y a la melancolía, Henry se incorporó y desconectando el piloto automático, se ocupó en corregir el rumbo, entregándose a una labor con la que deseaba alejarse de su pernicioso ensimismamiento.

La astronave se acercaba bastante rápidamente a Neptuno. Allí estaba el primer punto de la larga trayectoria que les llevaría hasta la Tierra. Todo un inmenso vacío, a lo largo de aquellos casi cuatro mil millones de millas, con cinco meses de viaje; cinco meses en que cada segundo podría convertirse en un siglo, si se dejaba deslizar por la pendiente de los recuerdos.

Tenia que reaccionar. Era una obligación ineludible la de seguir siendo como antes, en espera da que el año impuesto por el destino, el año de cruel separación, pasase lo más rápidamente posible.

Después de todo, para él todo se reduciría a pasar dos cortos meses en la Tierra y reemprender de nuevo el camino hacia Plutón. Sin embargo, lo poco que había visto del Planeta no le había gustado demasiado.

Recordaba perfectamente el tremendo aspecto de desolación de aquel mundo helado y tenebroso, desde el cual el sol aparecía, difícilmente identificable, como una estrella un poco más grande que las otras.

Fue el primer hombre que había, puesto el pie en Plutón. Y cuando tal cosa ocurrió, cuando su bota, aislada perfectamente del exterior por una doble pared entre la que circulaba aire caliente; cuando su bota se posó en la dura superficie helada del planeta y miró a su alrededor, a las sombrías montañas, a las desnudas rocas que la erosión había hecho puntiagudas como lanzas, al vacío y la soledad que parecían, reinar allí, sintió miedo por Margaret y por todos los que la acompañaban.

Era sumamente difícil explicarse el origen de la rara sensación que se despertó en él al encontrarse sobre Plutón. Más que difícil imposible, porque todos los temores que sentía parecían completamente infundados en un mundo que, desde su lejano nacimiento, yacía muerto y helado en los confines del Sistema Solar...

Procuró, mientras ayudaba y aconsejaba en el montaje de la Esfera metálica, que iba a ser el domicilio de la expedición, absorberse completamente en el trabajo, procurando experimentar lo que su amada sentiría en el interior de aquella inmensa esfera que estaba dotada de los adelantos y comodidades modernas.

Pero cuando, a su pesar, miraba hacia afuera, a la ingrata naturaleza en la que iba enterrando lentamente la esfera metálica, volvía a sentir, sin saber exactamente por qué, el mismo absurdo terror que cuando se acercaba dispuesto a aterrizar con su astronave

sobre aquel siniestro planeta.

CAPÍTULO II

—Al despertarse aquella mañana, Margaret se hallaba aún a bordo de la astronave. En realidad, la palabra mañana no podía utilizarse, ya que en Plutón la diferencia entre día y noche era completamente inexistente.

La lejanía del sol hacía que este astro tuviese el tamaño de una gran estrella y ni su calor ni su luz tenían fuerza ni casi existencia en el último de sus planetas.

Desperezándose, Margaret fue tomando contacto con la realidad y, haciendo un esfuerzo para quitarse la pereza, saltó ágilmente del lecho y empezó a vestirse inmediatamente.

La temperatura en el interior de la esfera era agradable. Los depósitos de energía atómica, situados en lo hondo, en la llamada quinta planta, proporcionaban la luz y el calor qué el lejano astro rey no podía dar.

Después de vestirse, la joven salió de su estancia y, repleta de energía, se decidió a no utilizar el ascensor que atravesaba diametralmente la esfera, tomando la escalerilla lateral que le conducía a la tercera planta donde estaba situado el comedor y la sala de reuniones.

Se ruborizó un poco al comprobar que era la última que llegaba, pero las sonrisas que le prodigaron y la simpatía con que fue recibida, la serenaron inmediatamente.

Ward Williams, el cocinero de la expedición, iba y venía de la cocina al comedor colocando platos, bandejas, tazas y humeantes cafeteras sobre la mesa del comedor.

Era un joven extremadamente simpático, bastante grueso y completamente calvo, defecto este último que procuraba ocultar llevando la cabeza cubierta, en esta ocasión con el típico gorro blanco de los representantes de su oficio. Al ver llegar a Margaret, inclinóse graciosamente, precipitándose para retirar la silla del lugar asignado a la muchacha.

Pero, indudablemente, había alguien que pensaba realizar aquel gesto y que debía estar preparado de antemano. Así, Williams llegó demasiado tarde y se tuvo que conformar con colocar el cubierto ante

la joven.

—Muchas gracias, doctor Hardy.

El médico devolvió la sonrisa, lanzando una mirada desaprobatoria al cocinero, instándole a que se marchase.

—Hasta ahora—dijo el doctor — estoy muy contento de la salud de todos mis pacientes, ya que comprenderá usted que, durante todo este año., van a ser ustedes mi única clientela.

—Procuraré, por lo que a mí respecta, ir a su consulta lo menos posible.

Yo también lo deseo, al menos en cierto modo. Indudablemente — añadió como si hablase consigo mismo — es inútil que un hombre llegue a hacerse ilusiones.

—No le entiendo, doctor — repuso la joven mientras devoraba una tostada después de humedecerla en el café.

Él tardó en contestar; la dificultad del tema que quería tratar se traslucía en el nervioso tic que hacía que su rostro se contrajese constantemente. Finalmente, se decidió a hablar:

—Quiero decirle, miss Farrington, y espero que no le enfaden mis palabras, ya que ahora ya no deben significar nada para usted, que hace mucho tiempo pensaba dar un paso importante... ya me comprende. Y antes, cuando aludía a lo de hacerse ilusiones, quería manifestar la desilusión que he recibido durante este viaje y que ha sido la más cruel de mi vida.

Margaret empezaba a comprender lo que se ocultaba tras aquellas palabras cuidadosamente escogidas y tremendamente escurridizas. Decidida a no aventurarse demasiado, siguió comiendo y guardando silencio.

Afortunadamente para ella, el profesor Pagan, que se había puesto en pie, requirió el silencio general.

—Esta mañana — empezó a decir — saldremos a dar nuestra primera ojeada, a Plutón. La salida comprenderá la totalidad de los miembros de la expedición, excepto a miss Downey, que se quedará en la esfera, para preparar las fichas de nuestros futuros trabajos. Ni que decir tiene que, en esta primera salida, está completamente prohibida cualquier iniciativa de la naturaleza que fuere. Debemos permanecer unidos durante el corto recorrido que haremos, ya que desconocemos completamente las características de este planeta. Dentro de cinco

minutos, reunión general en la torreta. Deben ponerse todos los equipos de exterior.

Todos se aprestaron a obedecer las instrucciones.

Margaret sintióse íntimamente complacida de que las palabras del profesor Pagan la hubiesen permitido cortar educadamente una conversación que empezaba a inquietarla.

No era aquella, ni mucho menos, la primera vez que se había percatado de la lejana asiduidad que el doctor Hardy experimentaba y expresaba hacia ella. Desde mucho antes de salir de Nueva York, ya en el Centro de Investigaciones donde se concentraron meses antes de la salida, Hardy, que tenía muy poco que hacer, ya que su misión era completamente pasiva, esbozó una especie de corte que Margaret supo detener a tiempo con algunas sensatas palabras.

Pero se percataba claramente de que el doctor Julius Hardy no era un hombre que se detuviese ante pequeños obstáculos y había sido para ella una verdadera liberación, desde este punto de vista, el encuentro providencial con Henry y el amor que de él se derivó.

Mientras ascendía, junto a otros miembros de la expedición, en el ascensor de la torreta superior, se dejó llevar por la esperanza de que el intenso trabajo al que iban a dedicarse todos, alejaría al médico evitando una situación que, de prolongarse, se haría insostenible.

Se sorprendió bastante al encontrarse al doctor Hardy entre los miembros de la expedición; pero rápidamente llegó a la conclusión de que la presencia de aquel hombre, en un grupo que arriesgaba una primera salida en un mundo desconocido, estaba más que justificada.

Desde la torreta, lanzaron una primera mirada circular en derredor de la esfera. Con la brújula en la mano, el profesor Pagan, como los demás, pudo ver que salvo en el Norte magnético, la totalidad del terreno que le rodeaba era liso como la palma de la mano. Hacia el Norte, tres montes helados, separaban el llano de otras regiones desconocidas. Ante dos de ellos, sendos grupos de rocas, facilitaron el nombrarlos de una manera sencilla.

Al primer monte, el más elevado, le denominaron “Uno”, porque ante él había una roca desnuda triangular y de un solo pico. El que estaba en medio y que era el más bajo, recibió el nombre de “Tres”, ya que tres rocas se elevaban ante él. El tercero, sin ninguna señal especial, fue bautizado con el nombre de “Monte de la Tierra”, en honor a un planeta que ningún humano podía olvidar.

La expedición descendió por una de las escalerillas que seguía el círculo de la esfera, encaminándose seguidamente hacia el monte “Tres”.

El suelo estaba rígidamente duro y la marcha se hacía difícil, ya que la superficie helada era singularmente resbaladiza. Avanzaron lentamente separándose cada vez más de la esfera que muy pronto desapareció en la bruma que la desdibujó antes por completo.

Caminaban en silencio, contemplando ávidamente aquel extraño mundo que el destino del Sistema había condenado a la infinita lejanía y a la mayor soledad concebible.

Cuando llegaron a las estribaciones del monte “Tres”, después de pasar junto al trío de peladas rocas que había dado nombre a la elevación del terreno, formaron en fila india para comenzar a escalar lentamente aquella montaña que no tendría más de unos doscientos metros de altura.

La fuerza de la gravedad no les molestaba excesivamente, ya que Plutón, de un diámetro aproximado al de la Tierra y de una densidad semejante, no ofrecía grandes diferencias de estabilización para los que marchaban sobre él.

Comenzaron a escalar la pequeña montaña, sin sospechar ni remotamente que aquella primera salida se marcaría de una manera indeleble, como uno de los muchos y terribles peligros que les acechaban.

En la cima, el profesor Pagan volviese hacia el resto de la expedición, que le rodeaba y hablando con la autoridad que su especialidad le confería.

—Puedo casi asegurar — dijo — que la vida, en cualquiera de las formas que podemos concebir, no existe en Plutón. De todas formas, procederemos a hacer un detenido examen microscópico del hielo que cubre este planeta.

Todos fueron de la misma opinión, ya que la soledad parecía demostrar, por sí sola, la verdad de las palabras del biólogo.

Este había hablado sirviéndose del aparato de radio portátil que cada uno de ellos llevaba consigo, pues estaban obligados, debido a la temperatura ambiente de Plutón, a llevar la escafandra de plástico transparente que se habla generalizado en los viajes interplanetarios.

Fue entonces, cuando el jefe de la expedición se disponía a

descender al otro lado del monte, cuando el profesor Paul Moxom, el químico físico, lanzó un horripilante grito que detuvo en seco los movimientos de todos los expedicionarios.

El doctor Hardy se precipitó velozmente en ayuda del que acababa de gritar de aquella espeluznante manera.

—¿Qué le ocurre, profesor Moxom?

El interpelado parecía haberse separado por completo de la realidad. Sus ojos habían perdido totalmente el brillo de la vida y semejaba su rostro, por la cerúlea palidez que le cubría, más el de un cadáver que el de un ser viviente.

No hubo forma ni manera alguna de reanimar aquella personalidad embotada que, sin embargo, obediente y sumisa, acompañó a los expedicionarios en su viaje de regreso a la esfera.

Nadie habló mientras volvían. Todas las miradas se posaban, de soslayo, en la figura enhiesta de Moxom, que caminaba con los pasos que hubiera tenido un hombre sometido a un sueño hipnótico.

Toda la alegría que les había acompañado al salir de la esfera, se convirtió en tristeza y pesadumbre cuando regresaron a ella. En silencio, y por grupos, descendieron en el ascensor hasta la tercera planta, donde estaba situada la sala de reuniones y el botiquín del doctor Hardy.

Éste tuvo la prioridad absoluta sobre la persona, de Moxom, a quien después de introducirlo en el botiquín, observó y estudió largamente, ante la sola presencia del profesor Pagan.

El resto de la expedición permaneció en el salón biblioteca, no ocultando el tremendo nerviosismo que dominaba a todos. Nadie, sin embargo, achacaba el fulminante trastorno que había sufrido el Químico a cualquier causa de la que fuera responsable el planeta en el que estaban. La opinión general era que Paul Moxom había sufrido una indisposición temporal, por cualquier causa interna y que pronto saldría del botiquín, del brazo del médico, sonriente y tan simpáticamente amable como siempre.

—Debemos cuidarnos mucho — manifestó miss Downey, que llevaba en el rostro una visible marca de terror —. Este planeta nos es completamente desconocido y nada sabemos de muchas cosas que pueden engañarnos sin que nos percatemos de ello siquiera.

Margaret, que estaba junto a la secretaria, pasó solícitamente su

brazo sobre él hombro de la muchacha.

—No debe preocuparse tanto, Delia. Lo que le ha ocurrido al profesor Moxom no debe ser más que un pequeño mareo, producido seguramente por no llevar herméticamente cerrada la escafandra.

Margaret decía aquello, sin sentirlo en realidad. Su fina intuición femenina la estaba previniendo de que algo extraño había acontecido, algo cuyas consecuencias se iban a proyectar en un próximo futuro con una excepcional crudeza.

Finalmente, después de una espera que se hizo demasiado larga, la puerta del botiquín se abrió y todos los del salón, al unísono, se levantaron de los cómodos sillones, abalanzándose materialmente hacia la silueta del profesor Pagan que se recortaba en el dintel.

El viejo sabio adelantó los brazos con las manos abiertas, rogando con aquel mudo gesto un poco de silencio; después, con la voz velada por la emoción, dijo:

—Amigos míos, yo no soy nadie para hablar y habremos de esperar a que el doctor Hardy, que va a salir dentro de unos instantes, nos dé su versión de lo que ha acontecido a nuestro querido compañero el profesor Moxom.

Casi inmediatamente después, el médico apareció, a su vez, yéndose directamente a sentar en uno de los sillones de entrada,

—No puedo todavía decir nada de lo que me haga definitivamente responsable. El mal que se ha posesionado de nuestro colaborador no se encuentra en ningún tratado de medicina, aunque tiene cierta semejanza con algunas enfermedades mentales y hasta nerviosas. Necesito tenerle unos días en observación y, mientras tanto, he rogado al profesor Pagan para que no se realice ninguna salida hasta que hayamos decidido completamente el diagnóstico y pronóstico de Moxom.

Era un mal comienzo…

Nadie dijo una sola palabra, pero los rostros reflejaron claramente la desilusión que no tardó en convertirse en temor, transformándose, en algunas pupilas, en la contracción indiscutible del pánico.

Durante todo aquel día, la expedición se ocupó en tareas banales e intrascendentes. Y, aunque fue así, nadie prestó una excesiva atención al trabajo.

Durante la comida, un silencio molesto dominó a todos, a pesar

de las fracasadas intentonas que hizo el propio doctor Hardy, intentonas que abortaron, especialmente en las ligeras bromas que dedicó a miss Farrington.

* * *

> Querido Henry:
>
> Me he propuesto escribirte un poco cada día, porque deseo que sepas que no he dejado de pensar en ti ni un solo instante. Además, el escribirte me hace pensar que estoy conversando contigo, y no puedes saber la indecible alegría que me proporciona el poder confiarme en alguien. Puedo decirte todo lo que me ocurre, todo lo que me pase y pase a los demás, porque cuando leas esto, las cosas habrán perdido totalmente la importancia que puedan tener hoy.
>
> Quiero decirte que ha ocurrido algo que ha deshecho el encanto con que empezaba todo nuestro trabajo. El profesor Moxom, mientras escalábamos un monte vecino, ha sufrido un extraño ataque que el doctor Hardy ha sido, por el momento, incapaz de curar.
>
> Quizá me tomes por tonta, pero algo me dice que esto no es más que el comienzo. Pero, si me preguntas de qué comienzo se trata, no podré contestarte absolutamente nada.
>
> Sin embargo, es como si una presencia extraña nos observase desde fuera, esperando el momento propicio para lanzarse sobre nosotros y aniquilarnos. Creo, además, que el Gobierno mundial ha cometido un gran error no haciéndonos acompañar por fuerzas armadas, como de costumbre se hizo en todas las expediciones anteriores. Nada más por hoy, querido Henry…

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, cuando subía al comedor, Margaret tuvo la agradable sorpresa de encontrar tranquilamente sentado a la mesa al profesor Moxom. Nada parecía haber modificado su buen humor y el aspecto del enfermo de la víspera era sumamente agradable.

Se procuró, durante el ágape, hablar lo menos posible del accidente del quimicofísico. Toda la conversación giró alrededor de los trabajos pendientes y de la necesidad de empezar a salir seriamente de la esfera para realizar los primeros sondeos en busca del clepton.

—He visto — manifestó el profesor Pagan — con cierta curiosidad que los contadores Geiger acusan una mayor existencia de radiactividad que cuando llegamos. Esto me hace pensar en que tendremos que adoptar ciertas precauciones...

—¿No le parece realmente extraño, profesor Pagan, este aumento de sensibilidad de los contadores Geiger? En realidad, desde que aterrizamos en Plutón, debían haber manifestado una cantidad semejante de radiactividad en la atmósfera de este planeta.

El que acababa de hablar, profesor Sterling Mott, el astrofísico de la expedición, era una de las mayores autoridades mundiales en su especialidad.

Había sido él personalmente quien detectó, por vez primera, con el espectroscopio, la existencia de clepton en Plutón.

Las palabras de Mott no dejaron de preocupar al jefe de la expedición, que guardó silencio pareciendo ensimismarse en aquel problema.

—Se impone — dijo al fin — una nueva salida que hemos de realizar sin más demora. Pero — advirtió—, esta vez saldremos solamente dos personas: el profesor Mott y yo. Así, disminuiremos los peligros que corrimos en la primera y procuraremos que las siguientes salidas las hagan otros miembros de nuestro equipo.

Nadie notó, en la faz de Williams, el cocinero, la extrema palidez que había aparecido. Moviéndose con cautela y procurando no llamar la atención de nadie, acercóse al profesor Pagan e inclinándose, al tiempo que le servía más café, susurró quedamente unas palabras a su oído.

Un extraño brillo apareció en las pupilas del viejo biólogo. Luego, excusándose, se levantó marchando en pos de Williams, que se dirigió hacia el ascensor.

Durante la ausencia de Pagan, la conversación tomó derroteros banales y los miembros de la expedición conversaron, de dos en dos, de la infinidad de detalles pendientes que debían llevarse a cabo con la mayor premura.

El doctor Hardy, que había procurado sentarse al lado de Margaret, continuó insistiendo deliberadamente y con mucha menos timidez que la víspera, intentando influir en el espíritu de la joven y estableciendo comparaciones odiosas entre Henry y él.

Estaba miss Farrington dispuesta a cortar bruscamente aquella lluvia de absurdos, que empezaban a ser insultantes, para su prometido, cuando la entrada del profesor Pagan, siempre acompañado del cocinero, cortó los comentarios y conversaciones de la mesa.

En el rostro del jefe de la expedición, las arrugas imprimían una mueca de gravedad que era inútil disimular. Sus ojos, antes de empezar a hablar, recorrieron, uno a uno, a los presentes. Luego, con un tono de visible emoción en la voz:

—No es nada fácil lo que tengo que decirles. Naturalmente que antes de empezar a entrar en materia desearía ardientemente que no se tratase más que de un equívoco, de una broma inocente que recibiríamos con un gozo de buena camaradería y con un ruego de que no se repitiese más. No quiero pensar que lo que voy a comunicarles no sea una broma; la gravedad de la situación llegaría entonces a unos límites insospechados, viéndome obligado a tomar las medidas pertinentes. El hecho es el siguiente: nuestro cocinero Williams ha visto esta mañana, con la consiguiente sorpresa, la

desaparición de una importante cantidad de víveres… La importancia fundamental de esta desaparición se deriva no solamente de la cantidad, sino de la calidad, ya que los alimentos que parecen haberse evaporado son los más ricos en materias grasas y, por ende, los que más necesitamos para luchar con las bajas temperaturas del exterior. Espero, amigos míos, que con toda confianza y claridad sé me diga ahora mismo dónde están estos víveres, ya que, por mi parte, doy mi palabra de honor de olvidar definitivamente este asunto.

El estupor y la extrañeza se pintaron sucesivamente en los rostros de los presentes. Pero, casi inmediatamente, aquellos elementales sentimientos se convirtieron en la desconfianza que se pintó en las torvas miradas que se dirigían los unos a los otros queriendo descubrir al autor de lo ocurrido.

Dando muestra de una paciencia y una serenidad formidables, el profesor Pagan esperó algunos minutos a que el culpable de aquella broma de mal gusto confesase públicamente su delito. Pero el silencio general fue la única respuesta que logró obtener.

Margaret sentía una creciente angustia que se iba apoderando de ella, como si hubiese sido la única culpable de todo aquello. No le empezaban a gustar las cosas que ocurrían allí y su espíritu siempre alerta parecía prever nuevas y más tremendas calamidades.

La voz, esta vez áspera y agria, del profesor Pagan rompió el silencio que reinaba allí.

—Lamento tener que registrar cada una de las cabinas de todos ustedes. Pueden creer que considero un lamentable error la ocultación de un hecho que estaba dispuesto a perdonar. Pero mi indulgencia no ha surtido el efecto que de ella esperaba, y deseo manifestar claramente que una vez se encuentre el culpable de esta imperdonable estupidez, no quiero denominarla de una forma más cruda, será recluido en su cabina, estrechamente vigilado, para ser entregado, cuando regresemos a la Tierra, a las autoridades competentes para que sea juzgado.

Nadie se movió y la veloz mirada que Margaret lanzó a cada uno de sus compañeros no logró descubrir el menor temblor ni la más pequeña incertidumbre.

Evidentemente, el enrojecido rostro de mister Pagan demostraba que éste iba a decir cosas muchísimo más desagradables que las que acababa de pronunciar.

Pero, en aquel preciso instante, las luces de la esfera se apagaron

repentinamente y una exclamación, que tenía mucho de suspiro satisfecho por habar terminado aquella desagradable escena, se escapó de la mayoría de los presentes.

—¿Qué demonios ocurre? — se oyó decir a la voz del médico.

Algunas linternas se encendían ya y sus conos de luz barrían la estancia de un lado a otro, descubriendo imprevistos gestos y ojos que se entornaban velozmente para no sufrir el brutal deslumbramiento.

—¿Qué vamos a hacer? — inquirió alguien.

—Hagan el favor de seguirme todos. — La voz de Pagan llevaba impresa una cólera apenas dominada. —Vamos a bajar a la planta quinta, para echar una ojeada a las baterías.

Se veía perfectamente que el jefe de la expedición empezaba a sospechar de alguien. La extraña caravana descendió la escalinata de caracol que les condujo, dos pisos más abajo, a las cámaras donde se almacenaban los víveres, los reactores de energía atómica y dos gigantescas baterías que habían sido cargadas durante el viaje a Plutón.

Rodeando a Pagan, observaron cómo éste examinaba atentamente las baterías, incorporándose momentos más tarde para exclamar.

—¡Están completamente agotadas!

Aquella afirmación parecía un contrasentido. La carga que poseían las baterías que estaba calculada para una duración de tres meses, tiempo necesario para que el reactor atómico fuera produciendo la suficiente energía para poder sustituir al antiguo procedimiento de acumuladores.

Hubo un silencio pesado y extraño que duró largo rato. Los conos luminosos de las linternas daban a la escena un aspecto tétrico y fantasmagórico que impresionaba.

—Regresemos.

Volvieron al comedor donde el jefe de la expedición ordenó que fueran apagadas todas las linternas menos una, de forma a evitar un excesivo gasto de la única fuente luminosa que, por el momento, tenían.

Naturalmente que en el laboratorio de química de la Esfera podrían prepararse cuantas pilas fueran necesarias y así lo dispuso Pagan, ordenando que se fabricasen algunas de tamaño grande para

iluminar las habitaciones de aquella mansión metálica, que no podía estar sin luz.

Toda la concordia y compañerismo que parecían, hasta entonces, regir las relaciones entre los miembros de la expedición, se habían convertido en una desagradable tirantez que, a partir de entonces y mientras no se descubriese el verdadero origen de aquellas anormalidades, mantendría distanciados entre sí a todos ellos.

El registro que el profesor Pagan, en compañía del cocinero, hizo en todas las cabinas y dependencias generales, no condujo absolutamente a nada y el fracaso de aquella investigación aumentó notablemente la frialdad reinante.

Un pequeño acontecimiento, que carecía verdaderamente de importancia, sirvió para distraer la atención, disminuyendo la tensión del grupo expedicionario.

La delicada miss Downey manifestó experimentar un frío intenso, empezando a toser casi en seguida, lo que hizo que sus compañeros, olvidando momentáneamente todo, la rodeasen colmándola de toda clase de atenciones. El doctor Hardy invitó a la muchacha a que pasara a su departamento para auscultarla, cosa que hizo en presencia de Margaret, que se brindó a hacer compañía a la muchacha que se hallaba asustada.

El médico indicó la necesidad de hacer una observación a rayos X, ya que según manifestó, el enfriamiento de la secretaria no parecía ser tan ligero como, en un principio, se habla creído.

Una vez hecha la radioscopia, Hardy se mostró mucho menos pesimista y tras prescribir una cocción ligera a la enferma, quedóse solo en su departamento, cerrando cuidadosamente la puerta cuando las dos mujeres hubieron abandonado la estancia.

Le temblaban las manos intensamente e, incapaz de decidirse en seguida, entretuvo su impaciencia y calmó su temor fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Sentado en uno de los rincones de la habitación, miraba fijamente al aparato de radio, con el miedo pintado en el rostro. En su mente, mil ideas contradictorias se cruzaban y difícilmente lograba serenar aquel vendaval de pensamientos que le impedía razonar.

Pensó que todo lo que acababa de ver no debía ser más que el efecto de cualquier defecto de la pantalla y se consideró como un necio al dar tanta importancia a una cosa que, evidentemente, no la

tenía.

Por un momento, se levantó de su asiento decidido a ir en busca del profesor Pagan para manifestarle sus sospechas. Pero el miedo de hacer el ridículo por una parte y un obscuro sentimiento de orgullo, que parecía avisarle de la importancia del descubrimiento que acababa de hacer, retuvieron su gesto, cuando ya había quitado el cerrojo automático de su puerta.

Decidiéndose, finalmente, y utilizando una linterna cubierta de un tejido rojizo, esperó a habituar- se a aquella semioscuridad, antes de volver a utilizar el aparato de rayos X que le había revelado tan fundamental misterio.

Entretanto,- su cerebro, ya en completa calma, iba ordenando paulatinamente sus ideas y llevándole por la pronunciada pendiente de su egoísmo, a juzgar todo aquello desde un punto completamente distinto al que había prevalecido en los primeros instantes.

Aquello, indudablemente, podía convertirle en el jefe de la expedición, si las cosas se producían de acuerdo con sus deseos.

Julius Hardy era Un hombre de gran inteligencia. Acostumbrado a la observación de los fenómenos vivos, sabía interpretar con velocidad vertiginosa todo cuanto caía dentro de su campo de observación. Todavía no podía estar seguro de lo que pensaba respecto a lo que acababa de ver en la pantalla de su aparato. Pero, ya, en su mente, empezaba a encontrar explicaciones, que no pasando de una categoría de hipótesis, satisfacían muchos puntos y contestaban a muchas preguntas.

Avanzó unos pasos, poniendo en marcha el aparate de rayos.

Entonces...

El alarido hizo vibrar las metálicas paredes de la estancia, resonando con mil ecos distintos, como si hubiese sido emitido por cien gargantas diferentes.

Rápido como el pensamiento, el doctor se apoderó de su linterna y arrancando la tela roja que la cubría, abrió la puerta y salió al exterior.

Los pasos precipitados parecían venir de todas partes. Finalmente, al ver al propio profesor Pagan dirigirse hacia la escalerilla, acercóse a él y sin preguntarle cosa alguna marchó en pos de él.

Todo el personal de la expedición, excepto las dos mujeres, se

habían concentrado en la planta quinta, donde el desdichado cocinero yacía en el suelo, presa de algo muy semejante a lo que había atacado al profesor Moxom.

Hardy se percató en seguida de la identidad de ambas dolencias, procurando tranquilizar a los presentes. La sospecha que tenía se incrementó intensamente, pensando en ello mientras reconocía a Williams.

Trasladaron al enfermo al departamento del doctor y, cuando éste se disponía a rogar a los demás que le dejasen solo, Mott hizo una declaración tremendamente extraña.

—¿Se han dado ustedes cuenta dé que no se puede cerrar ninguna puerta?

Todas las miradas convergieron en él y los rostros expresaron una sincera incredulidad.

El astrofísico, ligeramente molesto por el poco caso que le hacían, avanzó hacia la puerta del departamento del médico y empujando la hoja metálica, intento cerrarla, no lográndolo por completo.

—¿Lo ven ustedes?

Uno por uno, fueron probando a cerrar la puerta sin que nadie lograse hacerlo. A la incredulidad primera, siguió la extrañeza.

—¡Pero si yo he cerrado con llave esta puerta hace sólo unos minutos!

Sterling Mott se volvió hacia el doctor que había sido el que pronunció las últimas palabras.

—También me ha pasado a mí. Pero, cuando oí el grito del cocinero y quise cerrar la puerta de mi cabina detrás de mí, no pude hacerlo.

El profesor Pagan, que parecía profundamente ensimismado, diose una sonora palmada en la frente, diciendo después.

—No sé si lo que sospecho es verdad, pero voy a comprobarlo.

Todos le siguieron y como desde que las baterías se habían agotado no funcionaba el ascensor, hubieron de subir por la escalerilla metálica hasta la parte superior delantera, junto a la puerta de salida de la terraza. A medida que se iban acercando a aquel lugar, se sentía claramente un descenso notable de la temperatura y algunas de las

personas que seguían al profesor se estremecieron involuntariamente,

—¡Lo que pensaba!

Todos pudieron comprobar que la suposición de! jefe de la expedición se había cumplido. La puerta de salida al exterior estaba cerrada... pero no completamente. Una pequeña fisura de algo más de dos centímetros de ancho, dejaba pasar una helada corriente de aire.

—Ahora me explico — dijo el médico — el origen de la afección que sufre miss Downey. No quería decirles nada por el momento, porque habré de observarla un par de días más, pero por la iniciación de los síntomas me parece que tiene una neumonía.

—Yo también sentía algo de frío...

—Yo también...

—Y yo...

El acuerdo era general y todos, absolutamente todos, en mayor o menor cuantía, habían sentido que la temperatura ambiental, en el interior de la esfera, había descendido notablemente.

Por fortuna, la calefacción y el acondicionamiento del aire dependían, por completo, de las máquinas termonucleares, prácticamente inagotables. Así, la obligada falta de luz eléctrica que tendrían que soportar durante casi tres meses, se hacía menos imperiosa al poseer la seguridad de que el oxígeno y la temperatura no les faltarían nunca.

Pagan había cambiado completamente de actitud y ya no manifestaba frialdad alguna hacia sus subordinados y, cuando después de rogarles se reunieran con él en el salón de la planta tercera, se expresó en términos verdaderamente amistosos, mostrándose como condolido por su aspereza de antes.

—Es evidente — dijo — que algo extraño está aconteciendo. Todavía no podemos adivinar siquiera de lo que se trata, Pero todos estos acontecimientos que se han presentado precipitadamente, los unos tras los otros, parecen demostrarnos que hemos tropezado o llamado la atención de algo o alguien con quien no contábamos en un principio...

—¿Cree usted, profesor Pagan, que estamos a la merced de algún ser vivo e invisible?

—Es una pregunta a la que no puedo, por el momento, contestar.

De todas formas, aunque no creo en la existencia de la vida en Plutón, sí que puedo pensar en que hemos chocado con algún elemento que nos ataca sin descanso. Considero, pues, urgente y necesario el adoptar una serie de medidas de defensa hasta que hayamos podido desenmascarar al misterioso atacante. Por el momento, además de cubrir las hendiduras de las puertas con cualquier sustancia aislante, adoptaremos en el interior de la esfera los vestidos y equipos que debíamos utilizar solamente fuera de ella. Al hacer esto, suprimiremos la calefacción interna, aplicando la energía de los termorreactores a nuestras calefacciones individuales, privando así a nuestro misterioso visitante de una temperatura que parece complacerle. Por otra parte, habremos de pensar algún medio para poner fuera de su alcance los alimentos que parece devorar o evaporar o destruir a vertiginosa velocidad. No quiero ocultarles que la situación me parece sinceramente grave. Por ello, he decidido intentar el envío de un mensaje de socorro a la Tierra. Todos sabemos lo difícil que es tal cosa, todo depende de la recepción en las estaciones que tenemos en los planetas que nos separan del nuestro. En fin, roguemos al Señor que no nos abandone totalmente en este lejano mundo.

El doctor Hardy, una vez que aquella triste reunión hubo acabado, se apresuró a volver a su departamento, donde, en una cama de una habitación vecina, que hacía de enfermería, se hallaba el pobre Williams hundido en el mismo estado estuporoso de siempre.

Tras echar una ojeada al enfermo, Julius se encerró en la otra estancia y se puso a prepararlo todo para hacer funcionar los rayos X. Ahora no sentía más que impaciencia por satisfacer su curiosidad.

Pero, cuando tuvo preparada la pantalla y ésta se iluminó con luz verdosa, su decepción alcanzó un alto grado al comprobar que nada de lo que había visto antes aparecía allí.

Rabiosamente apagó el aparato, que se nutría de acumuladores propios, y se sentó y se puso a reflexionar sobre todo aquello. No tardó, afortunadamente para él, en presentarse la idea que explicaba la ausencia en la pantalla de las raras cosas que observara antes.

Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, se cargó con el cuerpo del cocinero y lo colocó ante el aparato y lo preparó todo para un nuevo funcionamiento.

Los dedos le temblaban mientras calculaba la densidad y graduación necesarias. Finalmente, con una emoción irresistible, apagó la linterna dejando que la habitación se llenase de la luz verde que brotaba del aparato.

¡ALLÍ ESTABA!

Eran unas líneas sinuosas, delgadas como dedos de niño, que se movían en lentas ondulaciones como si se tratase de largos gusanos.

Durante un buen rato observó detenidamente y con curiosidad creciente aquello que no podría explicarse en modo alguno. Pero cuando el cuerpo del cocinero, movido por su propio peso, se balanceó bacía un lado, la sorpresa del médico llegó al limite del asombro al ver que una de aquellas finas prolongaciones parecía estar profundamente incrustada en el cuerpo de Ward Williams.

CAPÍTULO IV

La Tierra iba creciendo en el horizonte, apareciendo cada vez más distinta y más querida a los ojos de Henry Tibbot.

Había sido muy largo aquel viaje, el más largo de toda su vida profesional de piloto y la aparición del planeta, después de atravesar aquella enorme distancia, llenó de ternura el corazón del muchacho.

—Fíjate, Brooks. Fíjate cómo nuestro viejo planeta es, sin duda alguna, el más bello de todos. Ni Saturno, con su colosal anillo, ni Júpiter, ese monstruoso gigante cuya atracción te llama desde tan lejos, ni el amarillento Marte... Ninguno de ellos puede compararse con la Tierra. Y lo que nos ocurre a nosotros ahora, cuando volvemos de un largo viaje, te demuestra claramente que el sitio donde uno nace, sea un pequeño pueblo o un planeta entero, está lleno de nostalgias cuando nos hallamos separados de él.

Efectivamente, a través de la pared transparente de la cabina, la Tierra aparecía como un bello cromo azulado, cubierto en su mayor parte con una corona de nubes blancas que parecían ocultar su pétrea desnudez con un velo de moviente recato.

Marte quedaba allí atrás y se iba convirtiendo en un punto cada vez más pequeño, cada vez más distante, empezando ya a confundirse con las miríadas de estrellas que formaban el fondo luminoso del cielo.

El piloto y su ayudante sentían ya la impaciencia de encontrarse en el planeta; de hallarse entre seres humanos, en las calles de las ciudades en las que la pequeñez del hombre es, en realidad, muestra de su grandeza.

Había sido largo y fatigoso aquel viaje, especialmente para Henry que no había dejado de pensar un solo momento en la criatura que dejaba atrás, lejos de toda ayuda, en la esfera metálica que recordaba

aún, medio hundida en el cielo, en aquel extraño planeta.

El terminar ya el primer viaje significaba para Tibbott una reducción en el tiempo que le separaba de Margaret. Pero, cada vez que pensaba en que debía volver a realizarlo, que estaba obligado a repetir aquella trayectoria monótona y tremendamente inacabable, un sentimiento de intranquilidad y de impaciencia le dominaba.

—¡Mira, es la Luna!

En efecto, el satélite acababa de aparecer, rompiendo la armonía de la curva de la Tierra y formando una especie de curiosa giba sobre el planeta. Después, a medida que la astronave avanzaba, fue separando su pequeña circunferencia y alejándose cada vez más de la Tierra.

Era emocionante volver a ver todas aquellas cosas que, de nuevo, producían en el corazón la agradable sensación de lo conocido, de lo familiar, de lo que forma parte de la existencia y que, por mucho que quiera decirse, no se separa jamás de la mente de los hombres.

El aparato, obedeciendo dócilmente a los mandos, empezó a describir rápidas curvas alrededor del planeta. Después, acercándose cada vez más a la atmósfera, fue oblicuando hasta adentrarse en el denso mar de nubes que lo cubrieron y envolvieron por completo.

Momentos más tarde, ante los asombrados ojos del piloto y su ayudante, así como ante las miradas de toda la tripulación, que se había agolpado en las ventanillas, aparecieron los mares, los continentes y los océanos como observados sobre el maravilloso mapa de la realidad.

Cuando bajo la astronave surgió el dibujo de América del Norte, una exclamación de júbilo brotó de los labios de todos aquellos hombres que venían del lejano límite del Sistema Solar.

Lentamente, el aparato fue aumentando su inclinación acercándose cada vez más a la superficie, hasta que las primeras ciudades, las blancas cintas de las carreteras, las verdes manchas de la vegetación y las sinuosas líneas azules de los ríos fueron mostrándose con una riqueza de detalle que facilitaba su identificación.

Antes de que pudieran seguir maravillándose de cuanto volvían a ver, las colosales edificaciones de Nueva York, la ciudad más gigantesca de aquel siglo XXVI, mil veces mayor a lo que fue en el siglo XX la maravilla de los que entonces vivían, apareció allá lejos, aproximándose a una velocidad de vértigo.

Hacía ya casi una semana que Henry estaba en constante comunicación con las emisoras de la Tierra, Así, al acercarse al espaciodromo, no se extrañó viendo un gentío enorme que esperaba ansiosamente la llegada del navío intersideral que había llegado más lejos que ninguno.

La astronave se posó mansamente sobre el terreno, siendo inmediatamente rodeada por una nube de vehículos que derrocharon sobre la tierra un gran grupo de periodistas y operadores de televisión, que arrastraban, penosamente éstos últimos, sus monstruosos y gigantescos tomavistas.

Como correspondía a su jerarquía, Henry descendió el primero de la astronave, siendo saludado por una enorme ovación que brotaba de las entusiasmadas gargantas de todos los asistentes.

Después de contestar a cuantos periodistas y redactores le asaltaron, Henry pudo al fin llegar al coche donde su superior, el general Simpler, le aguardaba con una amistosa sonrisa en los labios.

Una vez en el vehículo, el general ordenó al chófer que fuese de prisa para evitar nuevas molestias al recién llegado y, volviéndose hacia éste:

—¿Cómo ha ido el viaje, capitán?

—Magníficamente, señor. La astronave se ha portado maravillosamente bien y no hemos tenido la menor avería en todo el trayecto.

—¿Cómo quedaron los expedicionarios?

—Bien instalados; pero, sinceramente, demasiado lejos de nosotros, mi general. No puede usted imaginarse la distancia y el tiempo que se tarda en llegar allí. ¡Es el fin del mundo!

—Me lo imagino. Siento una gran admiración por esos hombres y mujeres que se han atrevido a ir hasta allí. Afortunadamente, pronto volveremos a buscarles.

El vehículo acababa de pausar debajo de un enredado sistema de avenidas que se entrecruzaban atravesando los edificios a diferentes alturas.

El general continuó:

—Le veo pensativo, capitán. Ya sabe usted que puede pedirme cualquier cosa y que no desearía que, por timidez, me ocultase algo.

Tibbott movió negativamente la cabeza.

—No es nada, señor. Le aseguro que todo ha ido bien y que lo que me preocupa es algo íntimo y que nada tiene que ver con el servicio realizado.

Y, después de una pausa:

—¿Han recibido alguna noticia de Plutón?

—Hasta ahora, ninguna. Conoce usted como yo las dificultades de transmisión para distancias tan enormes. Pero, las estaciones de Urano y Neptuno no han retransmitido nada a los planetas más próximos. Casi creo que no tendremos noticias hasta qua vuelva usted con ellos.

Plasta bastante tarde, Henry permaneció en el Departamento de Astronáutica poniendo en limpio el informe y respondiendo a cuantas preguntas le hicieron, abandonando después el edificio con la cabeza pesada y unas ganas tremendas de poder recluirse en las habitaciones que tenía reservadas en el hotel, para poder descansar libremente durante el mayor tiempo posible.

Después de bañarse, se sentó en la salita ante un programa de televisión que le alejó un poco de la insistencia con que los recuerdos le asediaban.'

Deseando estar solo, al menos, la primera noche de su estancia en la Tierra, ordenó por teléfono que le subiesen la cena a su habitación. Pero, cuando finalizaba la comida, el teléfono empezó a repiquetear insistentemente.

Apretando el botón del “fonovisor”, se encontró ante un rostro que no conocía en absoluto, el de un hombre delgado, cuyos gruesos cristales de las gafas hacían diminutos unos ojos brillantes e inquietos.

—¿Con quién tengo el gusto…?

—Soy Alex Sikes, del Observatorio Central. ¿Podría subir a verle unos instantes?

—¿Es para una información científica? — inquirió a su vez, Henry.

—No, mister Tibbott; se trata de algo que le concierne personalmente.

—Puede usted subir.

El hombrecillo penetró tímidamente en la estancia y después de estrechar la mano al piloto, esperó pacientemente que éste le designase un asiento, en el que se colocó en una posición incómoda y casi sentado al borde del sillón. Cuando Henry le ofreció un cigarrillo, el hombre movió la cabeza negativamente, esperando que el joven encendiese el suyo para empezar a hablar.

—Usted sabrá perdonarme, pero aunque no tengo la completa seguridad de la información que voy a proporcionarle, he obrado de buena fe y no quisiera causarle pesimismo alguno, ya que las malas noticias suelen presentarse siempre claramente y sin confusión alguna.

Tibbott sintió que un involuntario escalofrío le recorría la espalda. Aquel hombrecillo insignificante se acababa de convertir en algo que aumentaba constantemente y de una forma desmesurada de importancia.

—¿Noticias de Pintón?

El hombre afirmó con la cabeza antes de responder nada.

—Ya le he dicho que no estarnos muy seguros del origen de la confusa emisión recibida. De otra forma, la hubiésemos comunicado inmediatamente a las autoridades competentes. Pero, como el mensaje parecía venir dirigido a su nombre, hemos decidido ponernos directamente al habla con usted.

—¿Qué decía exactamente el mensaje?

—Le he dicho antes que era muy confuso. De todas formas, he traído la cinta magnetofónica en la que ha sido captada. Voy a ponerla en su aparato para que pueda usted escucharla tal y como se repitió.

El hombrecillo se acercó al mueble de televisión que, como todos los de su género, estaba dotado de un dispositivo para cintas magnetofónicas y colocando la que acababa de sacar de uno de los bolsillos del abrigo, puso en marcha el mecanismo, retirándose un poco del receptor, como si desease que Henry oyese con la mayor claridad.

Después de carraspear un tanto, la voz neutra de una emisora automática se dejó oír.

—“Capitán Tibbott. Estamos… Espero regreses… Margaret.”

El aparato se detuvo automáticamente al terminar el mensaje y Sikes, del Observatorio Central, recogió la cinta volviéndosela a guardar.

—Eso es todo — con voz neutra.

Tibbott se quedó pensativo durante unos instantes. En realidad, no hacía más que repetir en su mente el contenido de aquel extraño mensaje. Se había dado cuenta de que algunas palabras faltaban allí e intentaba, desesperadamente, completar aquella especie de angustioso acertijo.

Corno si hubiese adivinado su pensamiento, el hombrecillo dijo:

—Ya habrá usted notado que el texto del mensaje está incompleto. Hemos llegado hasta medir los segundos de silencio que existen entre las palabras. Entre "estamos" y "espero", hay un intervalo de cuatro segundos y al final del mensaje otro, cuyo número de segundos no puede precisarse exactamente.

—El texto no me parece alarmante — confesó Tibbott —. De todas formas, es extraño que me hayan llamado tan pronto.

—¿Quiere usted acompañarme al Observatorio? Me agradaría mucho que hablase usted con el director, ya que es posible que se hayan recibido otros nuevos mensajes.

Al llegar al Observatorio, el ánimo de Henry había decaído mucho. Al principio, casi fue una alegría el recibir noticias dé Margaret; pero, cuanto más lo pensaba, más se extrañaba de que la muchacha se hubiese decidido a ponerse en comunicación con él para comunicarle cualquier cosa sin importancia.

El director del Observatorio, mister Forrester, le recibió amablemente comunicándole que no se había captado mensaje alguno con procedencia de Plutón.

—Es un verdadero milagro — dijo—, que hayamos podido recibir este primer mensaje. La distancia que nos separa de ese planeta, las malas condiciones del espacio intersideral y la poca potencia de las estaciones cadena de Marte, Júpiter, Saturno y Neptuno, hacen muy difícil la percepción de los mensajes que pudiese enviar la expedición de Plutón. A pesar de todo, le comunicaremos cuantas novedades se produzcan, ya que este primer mensaje iba dirigido personalmente a usted.

—¿No cree usted adivinar en su confuso contenido un algo de peligro?

Forrester sonrió antes de contestar.

—Es muy difícil entender el sentido de un mensaje mutilado de

tal forma. En realidad, desde que lo hemos recibido estamos fotografiando constantemente a Plutón, por si pudiéramos percatarnos de cualquier cosa extraña. No olvide que tenemos instrucciones especialísimas del Gobierno en lo qué atañe a los expedicionarios. ¿Quiere echar una ojeada a Plutón?

—Con mucho gusto.

En un silencioso ascensor ascendieron hasta la cúpula del Observatorio. Una vez allí y ante el monumental espejo, Forrester ordenó a los hombres que allí había que hiciesen pasar las últimas películas en las que se había filmado al lejano planeta.

Considerablemente aumentado, Plutón mostró su blanca superficie helada, carente casi en absoluto de nubes y flotando en la negrura del espacio, cuyo fondo estaba intensamente tachonado de estrellas.

Cuando la proyección terminó, ¿Forrester volvióse hacia el visitante y colocando amistosamente una mano sobre su hombro:

—No se preocupe, amigo mío. Ya ha visto Usted que nuestro querido Plutón sigue igual que siempre y que esos valientes expedicionarios se saldrán con la suya.

Una vez en la calle, Henry se hundió profundamente en pensamientos que nada tenían de optimistas. No estaba muy tranquilo del aspecto aparentemente seguro que le había mostrado el planeta.

Estaba casi convencido de que algo debía estar ocurriendo allí. Cada vez que pensaba en ello, se afianzaba en él la conclusión de que Margaret no era una mujer capaz de utilizar la emisora automática de la esfera para decirle cualquier cosa intranscendente.

Se prometió volver, cada noche, al Observatorio para seguir desde allí cuantas cosas interesantes se presentaran. Habiendo el Gobierno confiado la recepción de mensajes al Observatorio, era éste el lugar indicado para estar al tanto de cualquier novedad.

Verdaderamente, estaba muy preocupado…

CAPÍTULO V

La observación que Hardy acababa de hacer con los Rayos X en el cuerpo del desdichado cocinero, le demostraba una serie de interesantes cosas en las que ya, había empezado a pensar anteriormente.

Encendió la luz, cargóse de nuevo con Williams y lo dejó en el lecho de la pequeña enfermería. Luego, con la frente fruncida, se dejó caer en uno de los sillones, encendiendo un cigarrillo y mostrándose dispuesto a no obedecer las instrucciones del profesor Pagan, no poniéndose la escafandra ni el traje espacial, en el interior de sus habitaciones.

Permaneció así una larga hora, meditando profundamente en lo que había visto y en el misterioso origen de todo ello. Le faltaban indudablemente muchos datos para poder emitir una hipótesis que satisfaciese completamente su curiosidad.

Fatigado de pensar tan intensamente, Hardy se desnudó y se acostó seguidamente. Casi en seguida, empezó a sentir un extraño malestar, circunscrito casi por entero en la cabeza, pero que no le impidió dormirse muy pronto.

Durante una relativa parte del sueño, ninguna imagen se presentó en su mente, no dejando de sentir, sin embargo, aquél dolor de cabeza que se iba intensificando paulatinamente.

Llevaba apenas dos horas durmiendo cuando la primera imagen irrumpió en su espíritu; una imagen borrosa, algo así como una gigantesca masa gelatinosa informe y descomunal, cuya significación le fue imposible adivinar. Pero, momentos más tarde, sintió una voz, que evidentemente no era la suya y que sonaba en el interior de su cerebro pronunciada por alguien que no podía ver.

Hardy no sabia si dormía o estaba despierto.

Al principio, aquella voz no expresó nada que pudiera

comprender, produciendo solamente sonidos ininteligibles que no llegaban a convertirse en palabras.

En algunas ocasiones mientras seguía, en el sueño, con una atención creciente a todo lo que le estaba ocurriendo, el médico creyó entender algunas silabas pronunciadas en correcto inglés. Pero, después de prestar la mayor atención posible hubo de confesarse que todo aquello parecía más bien una alucinación que otra cosa.

Cuando, por vez primera, la extraña voz formuló claramente una pregunta, él médico se estremeció entre sueños. Ahora sí que estaba seguro de haber entendido el significado de las palabras pronunciadas por lo que se apoderó de él, al mismo tiempo, la clara intuición de que todo aquello, a pesar de estar produciéndose entre sueños, correspondía a una tremenda y espeluznante realidad.

Sin saber exactamente por qué, se estremeció y empezó a dar vueltas en la cama como si no hallase una posición suficientemente cómoda.

En realidad, lo que deseaba era huir de aquella horrenda impresión que, a pesar de los esfuerzos que hacía seguía repitiendo incansablemente la pregunta que estaba convirtiéndose en una verdadera obsesión.

¿Quiénes sois?

Era indudable que le estaban preguntando aquello y que el que le interrogaba no dejaba de hacerlo con una insistencia cada vez más intensa.

¿Quiénes sois?

Hardy se revolvía entre las sábanas intentando vanamente despertar, para escaparse del cepo angustioso de aquello que, a pesar de todo, calificaba aún como una pesadilla.

¿Quiénes sois?

La pregunta se repetía infatigablemente en su cerebro, haciéndole sentir más intensamente la cefalalgia que había empezado a sentir antes de acostarse.

Finalmente y a pesar de todos los esfuerzos que había hecho, se oyó contestar, con una voz que, aun siendo suya, le parecía la de un desconocido.

“Somos hombres, habitantes de un lejano planeta llamado

Tierra.”

Nada más pronunciar, in mente, aquellas palabras, sintió que el dolor de cabeza desaparecía como por encanto y que una sensación de euforia se apoderaba repentinamente de su cuerpo y de su espíritu.

¿Qué habéis venido a hacer aquí?

Ahora encontró mucho más natural el tono de aquella misteriosa voz y más facilidad en formular la respuesta.

“Formamos una expedición científica y hemos venido para estudiar a Plutón e intentar saber si hay importantes yacimientos de clepton.”

Una nueva pregunta se formuló en seguida.

¿Qué es eso de clepton?

“Es un metal muy importante para nosotros.”

Así, durante toda la noche, el doctor Hardy conversó en sueños con su misterioso e invisible interlocutor, cuya curiosidad parecía decididamente insaciable,

Poco a poco, pero contestando cada vez con mayor facilidad, y hasta con cierto agrado, Julius se explayó por completo todo cuanto sabía sobre él mismo y sobre el resto de los expedicionarios, dando una completa información.

Casi ya al despertar, creyó oír una frase, la primera de toda la noche, que no era una pregunta; una frase que quedó flotando en su mente como algo imposible e inconcebible.

“Seré tu amigo. No debes temer nada de mí.”

* * *

Al despertarse, tardó mucho tiempo en hacerlo, o al menos en considerarse completamente despierto. Hardy sintió vacilar su entendimiento al plantearse seriamente todo lo que le había ocurrido la noche anterior.

Evidentemente, pensó al principio, todo aquello no había sido más que una estúpida y molesta pesadilla de la que debía olvidarse cuanto antes. Pero, sin embargo, algo se resistía a aquel olvido, proporcionándole una sensación de inequívoca angustia que no le abandonó en todo el día.

Después de lavarse, se dirigió a la enfermería para, antes de salir al comedor, ver cómo seguía el cocinero. Nada más pasar el umbral de la puerta, hubo de ahogar un grito de espanto, colocándose rápidamente la mano derecha sobre los labios.

¡El cuerpo de Ward Williams parecía haber perdido más de la mitad de su peso!

De momento, Julius no creyó lo que estaban viendo sus ojos y precipitándose sobre el lecho del paciente, arrancó de un brusco tirón la sábana, observando detenidamente el cuerpo del desdichado cocinero.

Por debajo de la piel, los huesos descubrían sus formas dando al cuerpo el aspecto de una de esas momias que se han tratado previamente por un eficaz embalsamamiento. Williams estaba aún con vida, pero en realidad, aquello no era ya más que el pórtico de una agonía que se hacía visible en el rostro macilento y en el aspecto esquelético del cuerpo.

Mientras se dirigía al comedor, Hardy pensó que lo mejor sería comunicar al jefe de la expedición lo acontecido con Williams y lo que parecía haber sido un sueño, pero que estaba grabado en su mente con la fuerza de una indiscutible realidad.

Sin embargo, decidió esperar a la noche siguiente para poder explicarse la veracidad o la falsedad de lo ocurrido.

En el comedor, los expedicionarios tomaban su desayuno en silencio y sólo la actitud curiosa del profesor Pagan llamaba poderosamente la atención. Anthony estaba de pie, haciendo caso omiso de su humeante taza de café, con las manos ocupadas en el manejo de un contador Geiger y con una misteriosa sonrisa en los labios.

Después de dar los buenos días, el médico tomó asiento, como siempre junto a Margaret, pero sin dirigirle aquella mañana la palabra. Como todos los presentes, su atención estaba requerida por la actitud de Pagan, quien parecía encontrarse a mil leguas de allí.

—He trabajado toda la noche-—dijo al fin el jefe de la expedición — y creo haber encontrado detalles muy interesantes que deseo comprobar en seguida, Como me dispongo a salir, completamente solo, les comunico que durante mi corta ausencia cedo el mando de la expedición al profesor Moxom. Espero estar de vuelta esta misma noche.

Fueron inútiles cuantas observaciones y consejos se le quisieron dar. Pagan parecía completamente decidido a intentar aquella solitaria salida y la sonrisa de triunfo que ornaba sus labios era la prueba inequívoca de que se consideraba muy cerca de la solución de todos los misterios que se habían producido desde la llegada a Plutón.

Sus compañeros le acompañaron hasta la torreta, sin dejar de rogarle que utilizase la emisora individual ante cualquier percance y que regresase antes de la noche.

—Si la noche llega — prometió el profesor Moxom — sentiré mucho desobedecerle, pero nos pondremos en camino para buscarle.

* * *

Pagan se alejó rápidamente de la esfera...

Ni una sola vez volvió la cabeza, no viendo por lo tanto cómo sus compañeros volvían a penetrar en el interior del refugio metálico, cerrando cuanto podían la puerta de la escotilla.

La soledad que le envolvía no preocupaba excesivamente al sabio, ya que sus cinco sentidos estaban concentrados en la temblorosa aguja del contador Geiger.

Las oscilaciones constituían una preciosa orientación y, aunque pareciese que Anthony Pagan marchaba a ciegas, sus pasos se encaminaban con la certeza de alguien que conoce perfectamente el camino que debe seguir.

Mientras avanzaba, no muy rápido, iba rememorando los detalles de aquella larga noche en la que se había propuesto salir definitivamente de dudas.

Desde el primer momento en que observó un aumento de radiactividad en el interior de la esfera, se puso a sospechar que aquello debía estar íntimamente relacionado con el accidente de Moxom, la desaparición de los víveres y el reciente accidente de Williams, además, indudablemente, del hecho de que las puertas no pudiesen cerrarse por completo.

Armado del calculador de radiactividad, Pagan recorrió aquella noche, minuciosamente, la totalidad de las dependencias de la esfera. Fue una labor paciente, delicada y fatigosa que, a pesar de todo, no logró desanimarle en lo más mínimo.

Y cuando, ya cerca de la madrugada, descubrió que la

radiactividad seguía la dirección de una especie de líneas invisibles que, invariablemente, conducían hacia la puerta de la torreta, la sonrisa de triunfo apareció ya definitivamente en su rostro.

“Parecen líneas de fuerza — pensó—. En realidad, estoy empezando a creer que hemos debido atraer algo extraño que destroza nuestros víveres, hace enfermar nuestros organismos y posee la potencia necesaria para que las puertas de la esfera no puedan cerrarse.”

Ahora, a medida que avanzaba y podía comprobar por la aguja que seguía la buena pista, se mostraba cada vez más contento de la idea que había tenido y que, de ello no dudaba un instante, le llevaría a salvar completamente a su amada expedición.

Las invisibles huellas, que sólo detectaba él Geiger, le llevaron hacia el monte que habían bautizado con el nombre de “Tierra”, empezando a escalarlo siempre dirigido por el aparato que llevaba en la mano.

Desde la cima, mientras descansaba y antes de proseguir la marcha, lanzó una ojeada a su alrededor. Fuera de aquellas tres elevaciones de terreno, la totalidad de lo que era visible hasta el lejano y brumoso horizonte, estaba, formada por una inmensa llanura, cuyo blanco color brillaba débilmente en la luz incierta de aquel falso día de Plutón.

Empezó a descender, casi con gozo, observando que la radiactividad aumentaba intensamente a cada paso. Para protegerse contra aquel nuevo peligro, pulsó uno de los botones de la parte anterior de su traje que aumentando la resistencia entre las dos capas que lo formaban, disminuía la permeabilidad para cualquier clase de radiación.

Una vez en el llano, se percató con curiosidad de que las que él llamaba líneas de fuerza volvían a dirigirle hacia el monte, exactamente hacia el lado más cercano a la elevación que llamaban monte “Tres”.

Fue entonces, en aquel momento, cuando sin que apareciese obstáculo visible alguno, tropezó cayendo de bruces en el suelo. No experimentó dolor alguno, ya que la doble capa de su traje, repleta de un gas especial, constituía un excelente acolchado. Pero, al rozar una de las rocas del borde de la montaña, se desgarró un poco el traje a la altura de la rodilla izquierda.

Los vestidos especialmente hechos para los astronautas, estaban

dotados de una serie de maravillosos mecanismos que preveían y solucionaban mil pequeños accidentes que, sin ellos, hubiesen sido fatales. Por ejemplo, al desgarrarse, una sustancia interna, en todo semejante a la trombina de la sangre, cerraba, minutos después, el roto de una manera provisional, pero que impedía que el gas contenido en el interior se perdiese.

Fue precisamente al observar que el desgarre que se había hecho no se cerraba por completo lo que empezó a preocupar al profesor Pagan. Pero, por el momento, su extrañeza no aumentó hasta que sintió una rara debilidad en el cuerpo que le impidió, aun intentándolo varias veces, incorporarse.

La proximidad de la muerte estaba íntimamente asociada a la creciente debilidad que se apoderaba de él, y esto le aterró de una manera fulminante.

Durante varios minutos permaneció sin saber qué hacer, mudo de espanto y lamentando haber cometido la locura de salir solo de la esfera.

Agonizaba casi ya, cuando apoderándose de la emisora portátil que llevaba colgada al cuello, oprimió el botón del encendido acercando sus ya exangües labios al micrófono.

—¡Estoy en peligro!... ¡Detrás del monte “Tierra”!... ¡Voy a mo...

* * *

Fue Sterling Mott, el astrofísico, quien captó primero el angustioso mensaje del profesor Pagan.

Inmediatamente la alarma cundió en el interior de la esfera y el nuevo jefe, profesor Moxom, ordenó la marcha de todos los expedicionarios, excepto las dos mujeres, a las que rogó permaneciesen allí.

La columna avanzó directamente hacia el monte “Tierra”. Moxom había repartido armas desintegradoras a todos y dado órdenes para que se abriese fuego contra cualquier cosa que constituyese el menor peligro. Estaba decidido a obrar sin remilgos, plantando cara a quien osase acercarse a sus hombres.

Una vez en lo alto del monte “Tierra” y gracias a los reflectores que habían llevado consigo, no tardaron en descubrir, junto al final de la pendiente opuesta y bastante cerca del estrecho valle que formaban los montes “Tierra” y “Tres”, el cuerpo del profesor Pagan.

Avanzaron entonces rapidísimamente, sin dejar las armas de la mano, hasta llegar al lugar en el que se encontraba el desdichado jefe de la expedición.

Su cuerpo, bajo la tela del traje de astronauta, no era más que un limpio y mondado esqueleto, que enterraron respetuosamente allí mismo.

CAPÍTULO VI

No fue aquella la única sorpresa del día. Al regresar a la esfera, encontraron a Margaret y a miss Downey hechas un mar de lágrimas.

El motivo de aquel desconsuelo fue la desagradable sorpresa que tuvieron ambas jóvenes al penetrar en la enfermería, donde no hallaron más que un esqueleto humano de lo que había sido el cocinero Ward Williams.

—La cena, que sirvieron las dos mujeres, se pasó en medio de un silencio pesado que parecía reflejarse en los serios y ensimismados rostros de los comensales.

—Desgraciadamente — dijo Paul — he de hacerme cargo de esta expedición en momentos sumamente graves. La muerte de nuestro querido profesor Pagan parece ser una misma consecuencia del triste espectáculo que nos esperaba en la enfermería. Es indudable que un atroz peligro nos amenaza y que nuestras existencias no pueden considerarse, en modo alguno, completamente seguras. Lamento decirles que considero la expedición completamente fracasada y que creo sinceramente que nuestros esfuerzos deben concentrarse en resistir, sea como sea, la llegada de la astronave para volver a nuestro Planeta. Además, estoy dispuesto a iniciar, desde este mismo momento, una emisión constante pidiendo auxilio al Gobierno mundial para que nos saque cuanto antes de este infierno. Desde ahora, hemos de cerrar fuertemente las filas y luchar, codo con codo, contra el misterioso peligro que nos amenaza. Es muy lamentable que la confianza del profesor Pagan le impidiese comunicarnos lo que había descubierto, orientándonos para poder proseguir el plan que él había forjado. Abramos bien los ojos y demostremos al invisible poder enemigo que no estamos dispuestos a ser presa fácil de sus ambiciosos y tremendos designios.

Moxom y Mott se dirigieron a la emisora automática, dictando en la cinta magnetofónica las tres terribles iniciales que harían temblar de espanto a los habitantes de la Tierra cuando recibiesen el inesperado mensaje.

¡S.O.S., Plutón!

* * *

Al quitarse la escafranda y el traje de astronauta, Hardy, ya en

sus habitaciones, sintió un cierto temor al mirar al lecho.

Se preguntaba febrilmente si la “pesadilla” de la noche anterior iba a repetirse de nuevo. Porque, desde que se había levantado y a pesar de los trágicos acontecimientos de aquella interminable jornada, no había dejado de pensar en las misteriosas palabras que la enigmática voz había hecho resonar en el interior de su cerebro.

Solamente el egoísmo y la cierta seguridad que le daba la última frase que escuchó disminuían un tanto el miedo que se filtraba por su cuerpo con una intensidad que, a pesar de todo, crecía sin cesar.

Estuvo a punto de volver a ponerse la escafranda y el traje, tal como habla vuelto a ordenar Moxom, repitiendo las instrucciones de su desdichado antecesor. Pero, al mismo tiempo, la curiosidad era mucho más poderosa que el temor, sumándose a ello la idea de poder convertirse en el “amigo” de aquella extraña potencia que amenazaba tan directamente la vida de todos.

Tardó mucho en dormirse, haciéndolo adrede y fumando cigarrillo tras cigarrillo para alejar un sueño al que temía y paradójicamente deseaba al mismo tiempo.

Cuando cerró los ojos, temblaba como un enfermo de malaria. Todavía resistió cerca de una hora, luchando desesperadamente por la pesadez y, sintiendo aumentar su terror, cuando el dolor de cabeza volvió a aparecer con la misma intensidad que la noche pasada.

Casi en seguida, al hundirse en las negruras del sueño, volvió a ver la extraña criatura, cuya voz resonó de nuevo en su cerebro.

Oyó estas palabras:

“He probado vuestra carne. No había comido nunca nada tan agradable. Pero, en realidad, mi digestión, se ha vuelto difícil y me siento satisfecho por mucho tiempo.”

A pesar de encontrarse en pleno sueño, el médico se estremeció de tal modo y con tanta intensidad, que se encontró sentado en el lecho, agarrado espasmódicamente a las sábanas y con el cuerpo cubierto de un frío sudor.

Permaneció así un largo rato hasta que, de una manera bastante misteriosa, volvió a desplomarse en la cama hundiéndose inmediatamente en un sueño mucho más profundo que el anterior.

La voz sonó de nuevo.

“No debes tener tanto miedo. Ya te dije que eres mi amigo y que lo seguirás siendo mientras me ayudes. Eres el único atacable, ya que no vas cubierto de esos repugnantes vestidos que no me permiten perforar, pero no corres ningún peligro."

Hubo un corto silencio, muy corto pero que llenó de satisfacción el corazón de Hardy.

“Quiero que vengas mañana a verme, porque deseo ver cómo sois los habitantes de esa Tierra de la que me has hablado. Además, esta misma noche deseo poder devorar otra nueva criatura, aunque almacenaré sus sustancias para días próximos. Debes perforar el vestido de uno de ellos, para que yo pueda penetrar en el interior. Cuando despiertes, hazlo.”

No supo nunca exactamente cuánto tiempo tardó en despertarse, porque al volver a ser completamente dueño de sí, hallóse ya completamente vestido, puesta la escafandra y con un largo cuchillo en la mano.

Antes de abrir la puerta de su cabina, se percató claramente de la gravedad de lo que iba a realizar, encontrando en seguida la excusa de que, si lo hacía, era solamente para salvarse, máximo deseo de cualquier criatura.

No confiaba en absoluto en las palabras de su misterioso interlocutor, pero contaba con distraerlo, aunque tuviese que sacrificar la casi totalidad de la expedición para calmar el insaciable y repugnante apetito del enigmático monstruo.

El S.O.S. debía volar ya camino de la Tierra y cinco meses más tarde, la astronave del capitán Tibbott lo sacaría de aquel infierno. Hasta entonces, era necesario luchar y defenderse de cualquier forma, con el único objeto de conseguir que Margaret y él pudiesen regresar a la Tierra.

Abrió la puerta escurriéndose como una sombra por la obscuridad del pasillo mientras se tortura en la elección de su primera víctima.

¿Mott?

¿Moxom?

¿Miss Downey?

Le repugnaba empezar por la muchacha. En realidad, le repugnaba atacar a los que hablan sido y eran aún sus compañeros. Pero, al evocar la voz autoritaria y los esqueletos de Williams y Pagan,

un estremecimiento de pavor le recorrió el cuerpo.

A tientas, sin querer utilizar la linterna y sabiendo que no habla ninguna puerta que estuviese completamente cerrada, fue apoyándose en la pared, en el lado en el que sabía estaban las cabinas de los hombres, dejando al azar que eligiese al que iba a morir aquella noche.

La puerta chirrió suavemente y Hardy se detuvo, sintiendo que los latidos de su corazón aumentaban locamente, hasta que el silencio volvió a envolverlo todo en una quietud que rompía solamente el tictac en el pecho del médico.

Paso a paso, caminando casi de puntillas, avanzó decididamente hacia el interior de la cabina, sin temor a tropezar con nada, ya que el mobiliario de todas ellas era absolutamente idéntico. Pronto, su mano izquierda extendida tropezó con el borde del lecho y a sus oídos, a través de las membranas de los micrófono» de su escafandra, llegó el sonido pausado de la respiración del que dormía y que brotaba por la delgada antena que surgía del casco transparente con que, siguiendo las instrucciones del nuevo jefe, se acostaban todos.

La mano izquierda fue buscando hasta tropezar con un brazo que salía de las sábanas, yendo entonces la mano derecha a su encuentro, mientras los dedos de la primera levantaban un poco la tela del traje, para impedir que el durmiente notase algo.

El cuchillo se hundió decididamente rasgando la tela en una longitud que no llegaba a los diez centímetros.

Hardy sintió el mismo efecto que si acabase de hundir el cuchillo en el corazón de aquel hombre. Después de todo, lo que acababa de hacer poseía la misma calidad de asesinato que si hubiese matado, por su propia mano, al indefenso compañero que jamás saldría de su sueño.

Luego, temblando aún, regresó a su cabina.

* * *

Margaret se despertó asustada, sin saber exactamente el motivo y, al darse cuenta de que todavía era muy temprano, estuvo a punto de intentar dormirse de nuevo.

Pero algo la preocupaba intensamente, ya que desde que había enviado el mensaje a su prometido, y desde que se lanzara intermitentemente el S.O.S. a la Tierra, no se había recibido respuesta

alguna.

No dudaba ni un solo momento que Henry estuviera ya volando, a toda velocidad, hasta Plutón, pero los casi cuatro largos meses que quedaban, le parecían la expresión de la más tremenda crueldad del destino.

Mientras se arreglaba un poco, pensó que lo más conveniente sería pasar por la habitación en la que estaba le emisora automática, para poder escuchar, en la cinta receptora, si había llegado alguna respuesta.

Sirviéndose de su linterna, atravesó las estancias solitarias y obscuras, ascendiendo a la primera planta donde, junto a los laboratorios, se encontraba la emisora. Nada más pasar el umbral de la puerta percibió el inconfundible sonido de la máquina que repetía constantemente la llamada de auxilio.

Sentándose ante el mecanismo receptor, se colocó los auriculares junto a los de su escafandra, poniendo en marcha el aparato.

Durante los cinco minutos no oyó más que el ronroneo que la cinta hacía al enrollarse en el ovillo que iba tirando rápidamente de ella. Luego, inopinadamente, una voz bastante clara hizo que su rostro se iluminase con una alegría casi infantil.

"…recibido mensaje… astronave dispuesta marchar hoy mismo… esperamos llegue a tiempo… capitán Tibbott envía afectuosos saludos a miss Farrington…"

¡Henry se había acordado de ella!

A partir de aquel instante le pareció como si todos los peligros hubiesen desaparecido como por ensalmo y con los ojos de la imaginación, mirando hacia el espacio que separaba la Tierra de Plutón, a aquella enloquecedora distancia de tres mil quinientos setenta y siete millones de millas, le pareció ver a la astronave que devoraba vertiginosamente el espacio y se acercaba ya a Plutón.

Le fue fácil, sumamente fácil, imaginar en la cabina el rostro contraído de su prometido que pulsaba las palancas del piloto automático para intentar aumentar al máximo la velocidad del aparato…

Permaneció bastante tiempo en la cabina, haciendo que la cinta magnetofónica repitiese aquellas palabras, con su voz terriblemente neutra, pero que le parecían dichas con dulzura y salidas de los labios

de Henry.

Finalmente, afeándose a sí misma el egoísmo de guardar para ella sola la fabulosa alegría de la noticia, detuvo el aparato y salió velozmente de la cabina para comunicar al nuevo jefe de la expedición el gozo de lo que acababa de escuchar.

Llamó tímidamente a la puerta de la habitación del profesor Moxom y, al no recibir respuesta, después de insistir un rato, se atrevió a empujarla, penetrando en el interior.

Un indecible alarido de terror brotó de su garganta…

¡El cuerpo del profesor Paul Moxom, a través de su traje destrozado, no era más que un blanco esqueleto que parecía reír sardónicamente mientras sus cuencas vacías miraban a la muchacha!

* * *

Apretando los dientes con fuerza, Henry Tibbott veía, con una desesperación creciente, la aparente inmovilidad del espacio que surcaba la astronave.

A su izquierda, la faz rojiza de Marte parecía lanzar sangrientos destellos, algo así como un misterioso abismo, como una advertencia de los peligros que debían correr los miembros de la expedición en Plutón.

¡Qué estúpido había sido!

Se dejó llevar por una absurda confianza, sin darse cuenta de la realidad y sin percatarse de que aquel mundo frío, que le había causado una penosa impresión al aterrizar en él, debía ocultar espeluznantes peligros a los que nunca debía exponerse una mujer.

Maldecía sinceramente la obcecación de todos los profesores y la ambición del propio Gobierno mundial, que había empujado a Margaret a aquella descabellada aventura. Maldecía su timidez; la facilidad con que se había dejado convencer por ella, por sus argumentos de amor a la ciencia, por su interés por los descubrimientos en el nuevo planeta…

¡Había sido, ciertamente, un estúpido!

Pero, además, su ciega cólera se volvía contra su propio aparato, contra las turbinas atómicas que le parecían trabajar con menos intensidad que nunca. Maldecía las técnicas humanas que no habían logrado aquel lejano y absurdo sueño de obtener una velocidad vecina

a la de la luz.

¡Trescientos mil kilómetros por segundo! Aquella era la velocidad que necesitaba. Pero, como si la realidad desease mofarse de sus pretensiones, el disco rojizo de Marte parecía inmóvil, sin que de su observación angustiosa pudiese sacar la sensación de que la astronave se movía.

Desde que habla salido de la Tierra, después de conocer el S.O.S. Plutón, no había abandonado ni un solo segundo la cabina de pilotaje, negándose rotundamente a que Brooks, su ayudante, le relevase en su puesto para permitirle un descanso que tanto necesitaba.

Pero el miedo a encontrarse solo en su habitación, sin los mil detalles que distraían cuando pilotaba el aparato, le hacía resistir allí, en su sillón neumático, contemplando con rabia y hasta con odio la negrura de un espacio que parecía reírse de él…

¡Cuatro meses aún! Ciento veinte largos días, con sus ciento veinte noches que debían transcurrir hasta poder inclinar la proa de la astronave contra la odiosa y al mismo tiempo ansiada superficie de Plutón.

¿Qué encontraría allí?

Intentaba, desde que conoció la llamada de socorro, adivinar qué clase de peligros amenazaban a los expedicionarios. Su febril imaginación le hizo concebir las más extrañas hipótesis y por su mente, intensamente atormentada, pasaron las imágenes de monstruosos animales, de criaturas de pesadilla, de todo aquello que podía poblar el lejano planeta y que, en manadas, como furiosas jaurías, se habían precipitado sobre la esfera metálica en la que vivían aquel puñado de locos…

Le producía un indecible dolor pensar que, en aquel preciso instante, podía haberse agravado el peligro de los expedicionarios y la imposibilidad en que se encontraba por hacer algo positivo le ponía fuera de sí.

Trabajó mucho el pobre Brooks para lograr que su irascible jefe abandonase el mando durante un cierto tiempo. Gracias a la complicidad del cocinero de a bordo, consiguió verter en la comida de Henry un soporífero para obligarle a descansar, antes de que la locura se apoderase de su cerebro.

Marte estaba ya muy lejos, tras la proa de la astronave y la masa titánica de Júpiter ocupaba casi la totalidad del horizonte visible,

cuando un segundo mensaje, que siguió al intermitente “S.O.S. Plutón”, que no dejaban de oír día y noche, llenó de espanto los corazones de los tripulantes.

“Ven en seguida… Estoy completamente sola… Te lo suplico, Margaret.”

CAPÍTULO VII

El día siguiente a la muerte del profesor Paul Moxom, fue triste, silencioso, ya que nadie intentaba decir absolutamente nada, prefiriendo callarse para no aumentar, no solamente la angustia propia, sino la de los demás.

Toda la alegría que Margaret había sentido al recibir la noticia de que la astronave habla ya abandonado la Tierra, se desvaneció ante el horror de la otra muerte, que estaba convirtiendo la existencia en la esfera en una tortura indecible.

Nadie quiso, o al menos nadie dijo nada de hacerse cargo de la jefatura de la expedición. La muerte de Moxom y la del profesor Pagan parecían señalar evidentemente un destino mortal para los que ostentaban la responsabilidad de aquel pequeño grupo de personas.

El doctor era quizá el que más absorto y ensimismado parecía Si no hubiese sido por las trágicas circunstancias que reinaban allí, Margaret se hubiera percatado de que el doctor ya no la acosaba tan insistentemente como antes, aunque no dejaba de mirarla con harta frecuencia.

Margaret y miss Downey se habían puesto de acuerdo para compartir una sola cabina y, durante toda la noche, establecían un sistema de vigilancia, de forma a que mientras que la una dormía, la otra, velaba con un fusil desintegrador en la mano.

La misma medida de seguridad habla sido intentada por Sterling, pero la rotunda negativa del médico no hizo posible tal proposición.

Aquella noche, cuando Hardy penetró en su cabina, sus manos temblaban mucho más intensamente que de costumbre. Recordaba perfectamente que era precisamente la noche de la cita con el misterioso poder que utilizaba su sueño para comunicarse con él.

Más que miedo, era el rozar con lo inacostumbrado, con lo ilógico, con lo que raya en lo absurdo y lo imposible.

Hacía esfuerzos sobrehumanos por convencerse de que, al final del camino que tenía que recorrer aquella noche, se encontraría con un ser que, por muy monstruoso que fuese, había demostrado poseer una inteligencia potente, lo que le desposeía ya de una buena cantidad de monstruosidad.

También pensaba encontrarse con hombres; hombres distintos a los habitantes de la Tierra, pero dotados de la misma sensibilidad y de sentimientos afines, aunque casi en seguida, al recordar las tremendas palabras del misterioso personaje y los repugnantes comentarios cuando afirmó haber degustado la carne humana con placer, le hicieron concebir nuevos y más potentes temores. Iba a enfrentarse con lo desconocido.

Sin embargo, cuando consideró llegada la hora de salir, se encontraba bastante más tranquilo, como si se dispusiese a visitar a un enfermo grave y sintiese en su interior esa naciente curiosidad humana al encontrarse ante cualquier misterio.

Salió de la esfera sin que nadie se percatase de ello. Luego, seguidamente, caminó hacia los montes, esperando que algo le señalase el camino.

No tardó en sentirlo.

Parecía que algo tiraba de él, que mil finas cuerdas le arrastraban hacia el estrecho valle que separaba el monte “Tres” y el “Tierra”; a donde llegó al poco rato.

No necesitaba preocuparse por el camino, ya que los invisibles tentáculos que tiraban de él, le guiaban maravillosamente en plena oscuridad, evitándole el menor tropiezo.

Momentos más tarde, después de haber pasado al otro lado del monte, sintió que la mayor parte de la fuerza que le arrastraba había cedido. Entonces se atrevió a encender la linterna.

Ante él, casi enteramente cubierta por las estalactitas, se veía una oquedad, cuyo intenso color negro le intimidó un tanto. Luego, sintiendo que de nuevo tiraban de él, avanzó resueltamente inclinándose un poco para evitar aquellas lanzas heladas que descendían desde la altura, permaneciendo sin llegar nunca al suelo, como si estuviesen detenidas en una instantánea fotográfica, en pleno camino.

La cueva en la que entró era de amplias dimensiones y la oscuridad que en ella reinaba estaba un poco atenuada hacia el fondo,

por el que surgía una tenue claridad de color rosado. Hardy, tirado siempre por los invisibles hilos, se fue acercando a la luminosidad, sorprendiéndose un tanto, al encontrarse ante una nueva rampa que descendía suavemente hacia lo hondo.

Al final de la rampa y antes de desembocar en una amplísima cueva de dimensiones colosales, un fuerte y repugnante olor a grasa rancla llegó a su nariz, produciéndole una sensación tan desagradable, que no pudo evitar unas intolerables náuseas.

Cuando se hubo habituado a la luz y mientras se preguntaba el origen de aquel olor tan fuerte, que había logrado atravesar los filtros de la toma directa de oxígeno, empezó a recorrer la estancia rocosa, con un temor insistente, ya que sabia que se hallaba cerca de la solución del misterio de todo aquello que venía preocupándole desde hacía tanto tiempo.

¡Y, finalmente... lo vio!

Durante los quince primeros segundos, mientras sentía que la fuerza que tiraba de él se incrementaba rápidamente, permaneció con la boca abierta, sin saber exactamente lo que pensar. Luego, a medida que se fue acercando y sintiendo que el olor estaba convirtiendo la atmósfera en irrespirable, cerró la válvula de paso exterior, respirando, desde aquel momento, el oxígeno de los depósitos de aluminio que llevaba a la espalda.

En cuanto a “él”...

Era una extraña y deforme masa gelatinosa; una especie de repugnante medusa, de cerca de tres metros de altura, que reposaba su base babeante sobre un terreno repleto de detritus y cuyo solo aspecto hizo que el médico, acostumbrado, no obstante, a las enfermedades y a lo repugnante, se sintiese desfallecer de asco.

Nada había en aquella masa gelatinosa y blancuzca, que la luminosidad rosada daba tonos rojizos; nada había en aquella masa que recordase, ni vagamente, la estructura de cualquier animal o planta conocidos, Cuando el doctor pudo recuperar su facultad de raciocinio, logró compararla remotamente con una gigantesca ameba, una célula de tamaño colosal que, después de todo, era la expresión más sencilla y elemental de un ser vivo.

Hardy sintió, por la presión emergida por los conocidos hilos invisibles que aquel ser deseaba que se quitase la escafandra para, sin duda alguna, “conversar con él” como solía hacerlo por las noches.

Una vez desprovisto de la protección de la escafandra, el médico sintió que el repugnante olor le producía un malestar intolerable. Pero el terror pudo más y resistió estoicamente todo, esperando conocer los deseos de aquel absurdo ser.

Las palabras del monstruo sonaron esta vez mucho más intensa y claramente que cuando las había oído entre sueños. Ahora no podía caber la menor duda de que no se había tratado de ninguna pesadilla, sino de una realidad que tenía ante sus ojos.

—Es curioso cómo estáis formados, vosotros los hombres. No puedo recordar bien, pero me parece haber visto figuras semejantes hace muchísimo tiempo... Sí, muchísimo tiempo.

Hardy, observando más detalladamente aquella monstruosidad, se percató en seguida de que de la masa de su cuerpo parecían partir una serie de minúsculos brazos, en cantidad impresionante y que acababan a los pocos centímetros de su nacimiento.

Entonces comprendió que aquélla era la iniciación de los larguísimos tentáculos que la radiactividad debía hacer invisibles; los tentáculos que habían llegado hasta la esfera causando tantos trastornos y tantas calamidades.

Luego, durante largas y largas horas, escuchó la más extraña y paradójica historia que oyeron oídos humanos, aunque en realidad fue por aquella especie de transmisión de pensamiento como logró enterarse de todo.

Al parecer, los plutonianos, en una época muy remota, habían tenido formas semejantes o parecidas a las de los seres humanos que habitan la Tierra y sus mismas condiciones de vida.

Fue en aquellos lejanos tiempos cuando, a pesar de la lejanía del Sol, la masa de los planetas poseía aún el suficiente calor interno y la atmósfera necesaria para que la vida se manifestase en ellos. Además, el Sol no había perdido mucha fuerza y era aún un astro relativamente joven, cuyos potentes rayos podían llegar y llevar energías a los lejanos confines de su Sistema.

Lo que había ocurrido en Plutón fue sencillamente un fenómeno de regresión, en el que las formas de vida debieron ceñirse a las nuevas condiciones que se iban presentando. El frío, la casi carencia de atmósfera, la disminución progresiva y terrible de la luz solar fueron causas que terminaron con la vida vegetal en el planeta y, por ende, con la vida animal.

Este proceso, que duró, sin duda alguna, miles de millones de años, cuando Plutón empezó a morir y que sus hermanos cercanos al Sol eran masas ardientes, en las que los metales más densos se encontraban en estado gaseoso, fue imprimiendo a la vida nuevos caminos y reduciendo sus posibilidades hasta casi nada.

—Nos vimos obligados a tomar formas diferentes, a convertirnos en lo que la Naturaleza nos dejaba ser. Esta masa que formamos ahora, pues en realidad somos varios millones aquí dentro, es todo lo que queda de vida en Plutón.

"Al principio, pudimos alimentarnos de las cosas que teníamos cerca, utilizando tentáculos que no eran muy largos. Pero, a medida que los alimentos fueron escaseando, hubimos de alargar los tentáculos, algunos de los cuales alcanzan hoy casi una distancia igual a las tres cuartas partes del Planeta.

Era algo que la imaginación más desbocada no se hubiese atrevido a pensar jamás. Aquella bestia gelatinosa, recluida en el fondo de la cueva, estaba formada por la unión dé millones de individuos que, habiendo logrado una completa y absoluta unidad, hablaban en singular; en primera persona, ya que su identidad era completa.

Sus miles de tentáculos recorrieron, durante milenios, la helada superficie del planeta, removiendo la tierra, desgarrando el hielo, buscando en fin cualquier cosa que pudiera hacer posible aquella extraordinaria forma de vida.

—Vuestra llegada nos hizo un gran favor. Encontramos los alimentos que traíais de un sabor completamente nuevo y cuando, después de unos cuantos ensayos, nos decidimos a probar vuestra carne, nos percatamos de que contenía una verdadera fuente de energía.

Para Hardy, todo aquello era mucho más difícil de asimilar que lo que hasta entonces había tomado por la más atroz de las pesadillas. Le parecía haber establecido contacto con un orden de cosas que ni el cerebro de un demente se hubiese atrevido a forjar.

Sé estaba dando cuenta, en aquellos instantes, de la absurda posición en que se encontraba y del peligro que podía correr si aquel deforme monstruo cambiaba de opinión o sentía un apetito demasiado insistente.

Al recordar a los que ya habían sido devorados por aquella compleja criatura, el médico se estremeció de pavor y, sin percatarse

de lo que hacía, lanzó una mirada en derredor como si buscase la más rápida salida de aquel antro de misterio.

—He estado pensando en el metal de que me hablaste y te reservo una sorpresa. Algunos de mis tentáculos han recorrido casi la totalidad del Planeta para buscar ese “clepton” que tanto te entusiasma. Hace ya mucho tiempo que lo arrastran sobre el hielo y ya siento que está muy cerca de esta cueva.

¡El “clepton”!

Aquella palabra sonó en los oídos de Hardy, al ser repetida en su interior, como la más melodiosa de las músicas, haciéndole recordar que los pocos gramos hallados en la Tierra estaban protegidos en las cajas fuertes del Gobierno mundial como un inapreciable tesoro.

Pero su entusiasmo rayó en locura cuando, minutos más tarde, observó como una masa enorme, que debía pesar muchas toneladas, avanzaba completamente sola, penetrando en la cueva por una entrada que aún no había visto.

Miró fijamente aquello, y sin atreverse a calcular el valor de la maravillosa riqueza que representaba. ¡Toneladas de “clepton”! Algo para convertirle en el hombre más poderoso del Universo.

—Todo esto es tuyo, amigo mío. Ya te dije que te consideraba como algo especial y que te respetaría si me ayudabas. Me ha parecido entender, cuando devoraba a uno de vuestros hombres, al posar mis tentáculos sobre su cabeza, que pensaba en que otros muchos hombres iban a llegar a Plutón. Si es así, te daré todo el metal que se encuentre en el Planeta y tú me entregarás hombres para que mi masa no sufra hambre. ¿Tardarán mucho en llegar?

Hardy., movido por la avaricia, le dio toda clase de detalles, complaciéndose en calcular la cantidad de tripulantes que traerla la astronave conducida por Tibbott. Interiormente, pensaba en la fácil posibilidad de facilitar al monstruo algunos hombres, sin exagerar, cosa que podía pasar como una serie de accidentes desgraciados.

Pero en la mente del ambicioso médico, la idea dominante se reflejaba en el brillo plomizo de la enorme masa de metal que, sinceramente, hubiese trastornado a la mayoría de los seres humanos.

Calculaba ya, con una precisión matemática, la cantidad de riqueza que podría proporcionarle aquel bloque y pensaba, con cierto detalle, la transacción que estaba dispuesto a hacer con el piloto de la astronave, al que daría una pequeña muestra del “clepton”, solicitando

el envío de su valor en oro, ya que la cosa merecía quedarse, al menos por el momento, en el helado Planeta.

Sus proyectos fueron ordenándose, al empuje caprichoso de su imaginación, llegando a forjar un plan completo para poder salir triunfante en todos los estilos.

“Primero — pensó — daré a Tibbott una pequeña muestra para que la enseñe a los especialistas de la Tierra. Después, cuando me haya traído el oro, me traeré al mismo tiempo una serie de hombres á los que simularé emplear, con sueldos maravillosos y que se quedarán aquí conmigo, para ser finalmente devorados por el monstruo, que volverá a darme más metal.

"Así podré repetir esta operación varias veces hasta poseer una fabulosa cantidad de oro y entonces, simulando un accidente en el que habrán perecido todos mis empleados, me iré con Tibbott en la astronave, con mi tesoro, volviendo a la Tierra o instalándome en cualquiera de los planetas en los que tenemos colonias."

¿Y Margaret?

No habla pensado en ella y, al introducirla en sus proyectos, se percató por vez primera de las dificultades que podrían surgir ante la presencia de la muchacha, ya que ésta, indudablemente, seguía enamorada del capitán Tibbott.

Durante un segundo, nada más que un segundo, una idea monstruosa cruzó por su mente y en la que perfilaba la posibilidad de entregar el cuerpo de la muchacha al voraz apetito del monstruo. Pero, reaccionando inmediatamente y rechazando con energía la idea, sintió repugnancia por sí mismo y un despecho hacia su desmesurada ambición.

“Cuando el Gobierno mundial sepa la cantidad de “clepton" que estoy dispuesto a venderle, podré exigir que me envíen una astronave para mí, con otro piloto que no sea ese endiablado capitán.”

“Charló". Charló mucho aún con aquella informe masa gelatinosa, sorprendiéndose al no sentir ya la repugnancia que le había proporcionado no sólo la visión del monstruo, sino el fuerte olor de grasa que desprendía su cuerpo y que le había impresionado al descender la pendiente que conducía a la cueva.

Se habla regenerado, sintiendo hasta cierta euforia al pensar en los maravillosos proyectos de un porvenir próximo y con todo lo que podría permitirse cuando se hubiera convertido en el hombre más rico

que había existido jamás.

Sintiéndose cansado, pues ya llevaba varias horas allí, manifestó sirviéndose del lenguaje telepático de siempre, su deseo de regresar a la esfera.

Pero cuando oyó la respuesta del monstruo, sus cabellos se erizaron sobre su cabeza y un sudor frío, que llegó de golpe, le hizo estremecerse de arriba abajo.

—Quiero que te quedes conmigo hasta que los hombres lleguen. No debes preocuparte por nada, ya que mis tentáculos te traerán cuanto necesites de ese aparato en el que vivís. Pídeme lo que quieras y lo tendrás en seguida aquí, pero no quiero que te alejes porque, estando a mi lado, no puedo hacerte daño con mis cortos tentáculos, que no me sirven para comer, mientras que si estuvieses allá, cuando haya terminado de devorar a los que quedan, podría ocurrirte la desgracia de que no pudiese resistir este hambre milenaria que me corroe desde hace millones de años.

Era un ultimátum y, en aquel momento, Hardy no se atrevió y casi no llegó a pensar en Margaret. Todos los proyectos que había hecho contando con la joven se desvanecieron como un poco de humo que la brisa disuelve en el aire.

Alejándose del monstruo, se sentó en un rincón, tras haber pedido alimento y un fusil desintegrador, ya que estaba demostrado que no podía fiarse de aquella criatura elemental y cuyo apetito parecía crecer de minuto en minuto.

Los tentáculos de la bestia no tardaron en traerle lo que había pedido y, acurrucado en la caverna, con el fusil sobre las rodillas, empezó a llorar silenciosamente, sintiendo que la magnífica vista del bloque de “clepton” no era capaz de aminorar ni un ápice su terrible melancolía.

CAPÍTULO VIII

En la esfera la vida transcurría en un cauce de angustia y de desesperanza inenarrable.

Hacía ya más de tres meses que el doctor Hardy había desaparecido y ninguna de las tres personas que quedaban allí se había atrevido, no solamente a salir nunca, sino simplemente a mencionarlo.

Ante los ojos de Margaret, siempre deseosa de ayudar a sus otros dos compañeros y de serles útil de cualquier forma, se desarrollaba uno de los fenómenos humanos que más desesperación y tristeza causa. Un extraño amor había nacido entre el joven profesor Mott y la joven secretaria Downey, que les condujo a encerrarse en un atroz egoísmo del que excluyeron, desde el primer momento, a la señorita Farrington.

La joven se sintió inclinada a perdonarlo todo, ya que comprendía perfectamente que en aquellos momentos de aislamiento y de peligro constante los instintos de conservación toman extraños y paradójicos derroteros.

A partir de aquel momento, Margaret, por la cruel imposición del profesor Mott, se convirtió en una especie de Cenicienta que debía realizar las labores más pesadas, mientras los dos enamorados permanecían contemplándose, perdiendo todo contacto con la realidad, sin que por ello olvidasen ponerse las escafandras protectoras.

Para la joven geólogo, todas aquellas cosas carecían de importancia y su único deseo era el de ver la astronave de Henry aterrizar y volver a despegar rápidamente rumbo a la Tierra de donde se prometía formalmente no volver a salir más.

¿Por qué no habría escuchado a su prometido? Su desesperación llegaba a veces a alcanzar crueles límites, llegando a desear que aquellas invisibles fuerzas la devorasen como habían hecho con la mayor parte de los expedicionarios. Pero, movida en seguida por sus piadosos sentimientos, lloraba amargamente, pidiendo perdón por aquellas ideas de destrucción a las que se había dejado arrastrar en un instante de alocada desesperación.

La brusca desaparición de la casi totalidad de los víveres que

quedaban sumió a los tres supervivientes en un estado de nerviosismo extremo, que anunciaba conclusiones desagradables para todos. En efecto, aprovechando la estancia de Margaret en el botiquín, Mott concibió un canallesco propósito que puso rápidamente en conocimiento de su amada.

—No podemos permanecer ni un solo momento más aquí — dijo el astrofísico—. Con los pocos víveres que nos quedan, apenas si podemos cubrir las tres semanas que faltan para que llegue la astronave. Además, esa misteriosa presencia que nos ataca parece estar cebándose en esta maldita esfera; creo, por lo tanto, que debemos abandonarla y refugiarnos por este corto espacio de tiempo en algún sitio seguro donde podremos esperar la llegada de los hombres,

Ella pareció conforme con todo aquello e inocentemente preguntó:

—Vendrá Margaret con nosotros, ¿verdad?

Los ojos de Sterling brillaron extrañamente.

—Es muy duro lo que tengo que decirte, pequeña. Pero, con los alimentos que nos quedan, es imposible que se puedan mantener tres personas. Puedes creer que me duele tanto como a ti tener que abandonar a la señorita Farrington; pero no veo otra solución.

Ella guardó silencio, prefiriendo alejar de su mente todo lo que aquella tremenda determinación podía provocar. Su egoísmo, que sus proyectos amorosos para lo futro habían aumentado desmesuradamente, acallaron en seguida la voz de su conciencia, que Mott se encargó de ahogar definitivamente con un apasionado beso.

Aquella misma noche, mientras la confiada Margaret dormía o soñaba —¿quién sabe?—, la pareja vació la casi totalidad del depósito de víveres, dejando una ridícula cantidad, quizá remordidos por la conciencia, saliendo después de la esfera y dirigiéndose, por expresa determinación de Mott, hacia el monte “Uno”, donde pensaban esperar y ser vistos por la astronave.

* * *

Cuando Margaret se percató de la fuga de sus dos únicos compañeros, quedóse como anonadada y vagó, sin rumbo fijo, por la solitaria y vacía esfera, sintiendo solamente el eco de sus pasos.

No había tristeza, sino una total ausencia de sentimientos, un

vacío completo que la había dejado como anestesiada ante cualquier acontecimiento que sé produjese.

Durante veinticuatro horas se movió de un lado para otro, comió un poco, no dando importancia a la exigua cantidad de víveres que le habían dejado. Pero, a partir del tercer día, una violenta reacción se desencadenó en ella y movida por la realidad, que, atravesando la densa barrera de su indiferencia, le llevó el dolor de aquel injusto abandono, actuó intensamente preocupándose, antes que de otra cosa, de enviar un mensaje intermitente a Henry, previniéndole de que se encontraba completamente sola.

Después, reunió los pocos alimentos que le quedaban y los guardó cuidadosamente fuera del alcance del misterioso ladrón que había vaciado casi totalmente el depósito y los distribuyó en fracciones, en míseras raciones, contando con ello hasta el momento en que Harry apareciese.

Un ardiente deseo de vivir la convirtió en mujer activa que organizó totalmente el interior de la esfera, preparándolo todo como si esperase una extraordinaria visita.

No se equivocaba...

Días más tarde, cuando había acabado de tomar su minúscula comida en el silencioso y desmesurado comedor, se sintió arrastrada por una misteriosa fuerza que, pese a su desesperada resistencia, la fue sacando fuera de la esfera y arrastrando, cuando se lanzaba al suelo intentando defenderse, por la helada superficie hacia el valle estrecho que separaba dos de las colinas.

Faltaban, según sus cuentas, dos días para la llegada de la astronave a Plutón. Y he aquí cómo el más cruel y despiadado de los destinos truncaba, en el momento menos oportuno, una esperanza que se atrevía a considerar como realidad.

Se sintió llevada por el estrecho pasaje rocoso hasta lo que creyó ser la entrada de una profunda cueva. Luego, cuando la fuerza la arrastraba hacia el interior, las pocas energías vitales que le quedaban fallaron totalmente y Margaret, esperando ya la muerte, perdió el conocimiento.

* * *

Cuando Henry Tibbott salió del largo letargo que le había producido el somnífero que le había dado su ayudante, éste hubo de resistir la más gigantesca bronca que había recibido en toda su vida.

Pero cuando el piloto, tras subir a la cabina superior, observó con alegría que el planeta visible en el horizonte era Saturno, todo su mal humor sé desvaneció como por ensalmo.

Todos los tripulantes de la astronave se habían confabulado, a requerimiento del bondadoso Paul Brooks, para ocultar al capitán la existencia del terrible mensaje que se había recibido de Margaret. Pero una de las veces en que Henry descendió al receptor automático, tuvo la desgracia de captar él mismo aquel mensaje que la emisora de Plutón transmitía intermitentemente.

Comprendiendo, a pesar de su rabia momentánea, la bondadosa decisión de sus hombres, no dijo nada, sino que descendiendo al departamento de máquinas, donde los mecánicos medio desnudos regulaban la marcha de las turbinas:

—¡Hay que duplicar la velocidad! Inyectad a la turbina principal los reactores de reserva 2, 7 y 9…

Aquellos hombres le miraron, como si el capitán acabase de perder la razón. Nunca, desde el comienzo de la Astronáutica, se había intentado rebasar una velocidad que se consideraba como límite. Los materiales de que estaban construidas las naves intersiderales eran muy resistentes; pero, a pesar de ello, no se había logrado vencer una serie de formaciones peligrosas que se producían al rebasar cierta velocidad.

Sin embargo, nadie intentó contradecir al capitán, ya que el brillo de sus ojos demostraba inequívocamente que su decisión era irrevocable.

Momentos más tarde, los contadores de velocidad electrónicos llegaban a cifras que ningún piloto intersideral había conocido jamás. La astronave vibraba como si estuviese a merced de un invisible oleaje que se estrellase contra ella. Un silbido penetrante recorría sus paredes, de proa a popa y que se iba haciendo más fuerte hasta llegar a convertirse en algo ensordecedor e intolerable.

Urano… Neptuno; después, el vacío del último salto, cuando ya Plutón, en el azul horizonte, Iba saliendo del aparente anonimato en que parecían envolverle los demás astros.

Como antes, Henry permanecía horas y horas sentado en su sillón de mando, con los ojos fijos en aquel cuerpo celeste donde el destino podría reservarle la peor de las sorpresas. Prefería no pensar en nada concreto, ya que su facultad de atormentarse parecía haber llegado a su límite y era incapaz de sufrir más.

Se había convertido en una especie de autómata y los hombres de la tripulación le encontraban extraño, diferente, alejado de ellos y constantemente ensimismado.

A medida que la distancia que les separaba de Plutón iba disminuyendo, la tensión emocional de Henry aumentaba incesantemente. Todo el alejamiento que había logrado al permanecer insensible a sus propias ideas, se disolvía ahora al ver próxima la llegada y, naturalmente, el contacto obligado con la realidad.

Tenía miedo, un miedo atroz a que después de aquel colosal esfuerzo, el destino le hubiese jugado una mala pasada. Porque, indudablemente, el mensaje de Margaret revelaba muchas más cosas de las que podían entenderse en aquellas pobres y desesperadas palabras.

Estaba sola y ello parecía decir que la más horrible de las catástrofes debía haberse cebado con los expedicionarios. La sola idea de que su prometida podía ser la única superviviente y que se encontraba sin nadie que pudiese ayudarla ni consolarla, hacía que Tibbott cerrase fuertemente los puños y masticase inconcretas amenazas contra alguien del que ni siquiera sospechaba la existencia

Plutón era ya un disco bastante grande en el horizonte. Todo parecía marchar a las mil maravillas, cuando una mañana los altavoces de la cabina de pilotaje vibraron intensamente, haciendo oír las peores palabras para los navegantes del Espacio.

— ¡Rotura de turbina principal!

Tibbott dio un salto formidable y precipitándose a la escalerilla metálica que conduela directamente a las entrañas del aparato, descendió como tina exhalación a la cámara de máquinas, donde se encontró con un triste y sangriento espectáculo, ya que cuatro hombres yacían destrozados en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido?

Los que aún quedaban con vida tardaron bastante tiempo en contestar, haciéndolo con dificultad, expresándose con monosílabos y proporcionando una versión confusa de lo ocurrido.

Tibbot examinó detenidamente la ancha brecha que había desgarrado la cubierta metálica de la turbina atómica, llegando a la conclusión de que, por verdadero milagro, no se había deshecho la astronave. En efecto, la potencia desintegradora de los reactores de reserva, habían amenazado disolver, en una verdadera explosión

nuclear, la totalidad del aparato.

Abandonando momentáneamente la sala de máquinas, después de auxiliar a los heridos, Henry subió a su cabina para echar una ojeada en los cuadrantes, de forma a precisar la marcha de la astronave.

La velocidad había disminuido en casi un tercio y, si el aparato se movía aún vertiginosamente, era debido a la inercia de movimiento que le empujaba aún a través del espacio.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Brooks.

Tibbott tardó algunos minutos en contestar.

—Vamos a hacer primeramente unos cálculos con el cerebro electrónico. Quiero saber exactamente hasta dónde podemos llegar con el empuje del inerte movimiento y cuántas horas podremos seguir marchando así. Entretanto, intentaremos arreglarla turbina, desconectando, de aquí en adelante, los reactores de reserva.

Se quedó pensativo unos instantes y su faz se ensombreció repentinamente.

—Dentro de un rato procederemos a celebrar las exequias de esos tres muchachos que han muerto en la sala de máquinas. Encárgate de ello, yo voy a trabajar un poco con el cerebro electrónico para obtener unes cálculos que preciso.

A medida que iba proporcionando los datos que vela en los cuadrantes, aquella maravillosa supermáquina guiñaba los ojos de sus lámparas electrónicas, dejando oír el suave sonido de su mecánica como si realmente murmurase algo mientras “pensaba”.

Diez minutos más tarde, el capitán tenía en su poder los cálculos exactos de lo que deseaba y así supo que la astronave se detendría,, matemáticamente, a mil doscientas cincuenta millas de Plutón, no avanzando ni una sola pulgada más.

El visoteléfono le avisó, apareciendo en la pantalla el rostro de su ayudante.

—Todo está preparado, mi capitán.

—Está bien; ahora mismo vamos.

Descendió la escalera metálica mucho más lentamente que la vez anterior. Un sentimiento de responsabilidad le hacía mucho daño, ya que no había duda alguna de que las muertes causadas en la sala de

máquinas le pertenecían como si hubiese sido él personalmente quien los hubiese matado.

En la sala de máquinas, los empleados de las turbinas y los representantes que cada sección de la astronave había enviado formaban respetuosamente ante los tres cuerpos envueltos en sendas banderas.

Henry, sacando el libro que llevaba en el bolsillo, empezó a leer las oraciones de ritual. Su voz era obscura y cavernosa como si las palabras que leía no pudiesen expresarse más que en aquel tono.

—“Os dejamos fuera de la Tierra en la que normalmente debíais haber hallado el reposo eterno. Pero, al abandonaros en el espacio, creemos sinceramente que vuestras almas están más cerca del lugar al que deben dirigirse. A partir de este momento estaréis inscritos en el libro de oro de la Astronáutica y vuestros nombres serán leídos y repetidos con respeto por las generaciones futuras. Pedimos fervorosamente al Señor que perdone vuestros pecados y que os reciba en su seno. Amén.

Acababan de disponerse las escotillas, dotadas de compartimientos estancos, para proceder al lanzamiento de los cadáveres.

Momentos más tarde, y en medio de un solemne silencio, los eyectores del aparato propulsaron los cuerpos al espacio. Durante unos minutos, los hombres permanecieron con los ojos bajos, pensando en esas cosas en las que no se suele reflexionar más que en los momentos dramáticos.

Seguido por su ayudante, Henry subió de nuevo a su cabina y se dejó caer en el sillón, mientras sus ojos, sin expresión alguna, se clavaban en el disco plateado que era ya el planeta Plutón.

Entretanto, Brooks, en la parte posterior de la cabina, miraba tristemente los cadáveres de sus compañeros muertos que seguían flotando junto a la astronave, ya que no existiendo otro campo gravitatorio que les atrajese, seguirían así a la astronave hasta que la gravedad de Plutón les proyectase sobre su helado suelo.

Un día después, el aparato se aproximaba ya definitivamente al planeta. La velocidad había disminuido en más de dos tercios y, en la cámara de máquinas, los hombres continuaban su lucha para poder reparar la turbina, única posibilidad de poder regresar a la Tierra.

Tibbott continuaba ensimismado, hablando apenas,

alimentándose raramente y permaneciendo la mayor parte del tiempo en su sillón, ante el piloto automático, que observaba con mirada distraída pero insistente.

Aun no sintiendo la velocidad de la astronave, parecía como si la determinase en su propia carne. Además, la imagen del planeta vecino le guiaba en su apreciación, orientándole bastante aproximadamente.

Por último, ya casi en contacto con la zona de atracción de Plutón, el colosal aparato se detuvo, pareciendo entonces que flotaba como un descomunal y aletargado globo, sobre la superficie del planeta que ya era completamente visible, revelando muchos de sus detalles.

Sirviéndose del telescopio de a bordo, el capitán recorrió la parte que veía del planeta, no tardando en divisar la brillante superficie de la esfera donde esperaba encontrar a Margaret. Pero las insistentes llamadas que hizo por la radio, quedaron sin respuesta.

Poco a poco su cerebro iba forjando un loco proyecto que se insinuaba en su mente, cada vea con mayor insistencia. Finalmente, llamando a su ayudante:

—Voy a marcharme, Brooks.

El otro levantó las cejas, tremendamente sorprendido.

—¿Adónde, mi capitán? — inquirió con una voz velada por la sorpresa y la emoción.

—Voy a bajar a Plutón. Utilizaré uno de los monorreactores e iré a ver lo que pasa en la esfera. No creo que tarde mucho tiempo en volver. Entretanto activarás la reparación de la turbina. Si no encuentro a nadie, regresaré inmediatamente.

En los labios de Paul se formaron palabras de advertencia y el ruego de que Tibbott no realizase aquella locura. Pero todo aquello quedó en les labios sin que ningún sonido audible saliese de ellos.

Henry preparó cuidadosamente su equipo. Se cargó de víveres, de utensilios de orientación y de un maravilloso fusil desintegrador, de carga casi ilimitada. Luego, subiendo a la estrecha cabina del monorreactor — una especie de huso de unos diez metros de longitud — esperó ser lanzado por uno de los eyectores, descendiendo velocísimamente hacia Plutón.

CAPÍTULO IX

Sobre la cima del monte "Uno", Mitt y Della esperaban, con las miradas fijas en el cielo estrellado, la llegada de la astronave.

Hablan perdida la noción del tiempo, en aquella terrible soledad y desde hacía cerca de cuatro días guardaban un completo silencio, ya que el miedo había detenido la abundante charla que tuvieron al principio.

Había disminuido mucho el fuego amoroso que parecía consumirles cuando se escaparon de la esfera. La monotonía de una horrorosa situación y la quietud de todo lo que les rodeaba, parecía haber extinguido aquel calor inicial en el que parecían consumirse ambos.

En aquel silencio, casi sin mirarse, se iba insinuando el agudo dolor de los remordimientos y la mutua cobardía fue el único motivo de que no regresasen a la esfera para ayudar a la muchacha que habían abandonado tan cruelmente.

Una de las falsas mañanas de Plutón, cuando la luz aumentaba un poco, quizás debido a la iluminación de cualquier otra estrella que no fuese el Sol, cuya presencia se ignoraba totalmente, el profesor Mott se despertó sobresaltado, al oír el grito que lanzaba su prometida.

Presa de un pánico indescriptible, la muchacha intentaba vanamente mover sus piernas, que parecían ligadas por invisibles fuerzas.

— ¡Se me han dormido las piernas, Sterling! ¡Ayúdame, querido!

La palidez que cubrió el rostro del profesor era perfectamente visible a través de la capa de plástico transparente de su escafandra. Para él, lo que le había ocurrido, a Della no era ningún misterio.

Y, entonces, movido por un instinto de conservación mucho más fuerte que cualquier clase de deber, volvió la espalda a la desdichada y desapareció tras la roca en que habían buscado refugio.

Corrió alocadamente, sin saber exactamente adónde se dirigía, procurando solamente, alejarse cuanto antes del espantoso peligro que se había apoderado de la joven.

Vagó sin ningún rumbo definido, hasta encontrarse, no sin sorpresa a la entrada de la esfera.

Movido por el incontenible deseo de no hallarse solo; olvidando que había abandonado cruelmente a Margaret, se encontraba dispuesto a suplicar, aunque tuviese que hincarse de rodillas, que le dejase permanecer allí, ya que la soledad estaba empezando a enturbiar su razón.

Penetró en la esfera, sintiendo en el interior que su corazón se volvía a llenar de esperanza. Cada mueble, cada detalle, le reconfortaba proporcionándole una sensación de seguridad, como suele acontecer cuando alguien, que ha permanecido lejos de la civilización mucho tiempo, regresa al más mísero de los poblados, considerando cualquier fútil detalle como algo ciertamente maravilloso.

—¡Miss Farrington!

Después de saturarse en la observación de todo aquello donde había vivido tanto tiempo, necesitaba urgentemente una presencia humana, el calor de unas palabras y de unas frases que, aunque fuesen de reproche, romperían el vacío de su tremenda soledad íntima.

—¡Miss Farrington!

Recorrió las plantas superiores de la esfera, entrando en cada estancia y cuando había visitado ya casi la totalidad de las tres primeras, empezó a inquietarse temiendo no hallar más que un cadáver abandonado y medio descompuesto en cualquier rincón.

Después de todo, se había portado como un asesino, como un infecto personaje carente de todo sentimiento…

¿Qué esperaba encontrar allí? ¿Qué alimento, qué medios de defensa había dejado a la pobre Margaret?

Se llevó la mano al pecho donde un dolor lancinante parecía querer detener la máquina de la vida.

—¡Miss Farrington!

Más tarde, cuando hubo visitado la totalidad de la esfera, y se convenció de que la muchacha no estaba en parte alguna, se dejó caer en uno de los asientos, de aquel salón donde, meses antes, muchos hombres y dos mujeres, llenos todos de vida y de optimismo, habían charlado amistosamente.

Tenía miedo de salir de allí. El recuerdo de la pobre Della, atenazada ya por el invisible monstruo de aquel maldito planeta, le hacía temblar desasosegadamente.

Permaneció días y días, sintiendo cómo la tenaza del hambre le arrancaba trozos de vida, buscando cualquier resto que hubiese caído por el suelo, esperando encontrar cualquier migaja para saciar aquella bestia que le corroía por dentro.

¡Estaba recibiendo el justo castigo que merecía!

Él no había pensado en nada, que no fuese su propio egoísmo, cuando abandonó a Margaret, dejándola casi sin víveres. No había pensado en aquella molestia inicial con que comienza el hambre y que va convirtiendo, después de producir una tirantez intolerable, en un verdadero dolor; en un agudo mordisco, en una furiosa dentellada que parece disolver la vida y que se lleva lentamente las fuerzas que sostienen a un ser humano.

Un día después, sin poder resistir más, enloquecido casi, salió de la esfera corriendo como un desesperado hacia el lugar en que había dejado a Della, esperando encontrar el saco de víveres, que abandonó en su cobarde huida.

Le costó muchas horas llegar hasta el monte, cuya subida se convirtió en el más terrible de los suplicios. Cuando llegó a la cima, frotándose sus ojos nublados, lanzó una ansiosa mirada a la pendiente, descubriendo con una furiosa alegría el saco de alimentos intacto.

Al lado de ello había algo; pero…, ¿qué importaba?

Se dejó caer, rodando y corriendo, con la mirada grabada en el saco que era una mancha negra sobre la helada superficie de la tierra. Finalmente, al llegar cerca de él, se lanzó sobre las provisiones, abrió el saco y comenzó a devorar lo que encontró, furiosamente,

Engullía todo cuanto le caía bajo la mano, masticando y deglutiendo, con los ojos fuera de las órbitas, como si desease recuperar en pocos minutos toda la energía que había perdido.

De repente…

Su mirada, en realidad sus ojos no habían visto nada hasta aquel momento, nublado por el goce material que le proporcionaban los alimentos, se fijó en una descarnada y esquelética cabeza, cuyas cuencas vacías parecían mirarle fijamente.

Hasta le pareció que aquella calavera, con las mandíbulas parcialmente separadas, se disponía a hablarle, a reprocharle su cobardía y a alargar los esqueléticos brazos para retenerle, a la fuerza, hasta que los invisibles tentáculos del monstruo llegasen hasta allí.

Extendió la mano abierta, mientras los alimentos que tenía en la boca, al intentar hablar, caían en el suelo.

—¡No!… ¡Te juro que no es mía la culpa, Della! ¡He venido solamente a comer un poco!… ¡Pero te prometo no comerme todo!… ¡Te dejaré tu parte!

Le pareció, ya seguramente afectado por alguna alucinación, que la calavera movía negativamente la cabeza, como si desease que no comiese más, que volviese de nuevo a la esfera, para morir allí en la lenta tortura del hambre.

Entonces, dando un gigantesco salto, se levantó protegiendo el saco que llevaba pegado a su pecho. Luego, corriendo velozmente hacia la llanura infinita, por el lado opuesto que conducía a la esfera, se alejó dejando en su pos el eco siniestro de una carcajada estridente que parecía no querer acabar nunca.

* * *

Hardy, con paciencia, empezaba a acostumbrarse a su nueva situación.

El desagradable olor de grasa rancia había impregnado de tal forma su pituitaria que ya no lo sentía en absoluto. Además, el monstruo le había dejado bastante tranquilo, ya que eran muy pocas veces las que le atraía con sus tentáculos, cuando deseaba “conversar” con él.

El doctor preocupado por la llegada de la astronave, había tenido la precaución de anotar en un cuaderno las fechas que transcurrían desde que estaba en la caverna. Así, pudo calcular exactamente la llegada del aparato y, unos días antes, habló con el monstruo para comunicarle la buena nueva y calmar el posible y espeluznante apetito que parecía sentir tan a menudo.

“Me alegra mucho saber que los hombres se acercan. Pero, he de decirte que me encuentro bastante satisfecho, ya que he podido devorar otra criatura que se había quedado dormida en una de las montañas.

Sin poder remediarlo, Hardy se estremeció al pensar que aquella nueva víctima podía ser muy bien la propia Margaret.

El monstruo no podía sacarle de dudas, ya que los tentáculos no tenían otra misión que la de aprehender y succionar las sustancias o los objetos a su alcance.

El dolor que sintió le hizo vencer su timidez, intentando explicar a aquella criatura de pesadilla sus sentimientos hacia la joven, atreviéndose a prometerle abundante pitanza humana, si le concedía lo que deseaba.

No pareció entender el monstruo completamente el deseo del médico. Pero, excitado por el deseo, se plegó al requerimiento de aquel extraño habitante de la Tierra que manifestaba algo completamente incomprensible hacia otra criatura que no tenía nada que ver con él.

También consiguió que se le permitiese regresar a la esfera, ya que deseaba apoderarse de unos cuantos objetos, que el plutoniano no había acertado a encontrar y, además, para darse cuenta de lo que había ocurrido allí durante su ausencia.

Atrapado por unos cuantos tentáculos, cosa que demostraba que el monstruo no tenía confianza en nadie, llegó hasta la esfera, en la que penetró, sin que Margaret, a la que vio sin atreverse a presentarse ante ella, se percatase de la presencia de alguien al que creía muerto desde hacía mucho tiempo

Al volver junto al monstruo, volvió a insistir en su petición, rogándole que le trajese a aquella mujer, única forma de poder estar tranquilo respecto a ella. No había visto a los otros dos supervivientes, cosa que le hizo deducir que el último devorado debía ser uno de ellos.

Cuando Margaret llegó, desvanecida, Hardy la colocó en el rincón que había elegido en la gruta. La encontró muy delgada y, al principio, creyó que estaba gravemente enferma.

De todas formas, la muchacha permaneció sin conocimiento casi 34 horas, durante las cuales sufrió un absceso de fiebre delirando constantemente.

Al recuperarse definitivamente, debió creer que soñaba, pues contempló estúpidamente el rostro del doctor que estaba inclinado sobre ella. Luego, al percatarse de la realidad de lo que estaba viendo:

—¿Es posible que sea usted el doctor Hardy?

El médico se permitió una sonrisa.

—En carne y hueso, miss Farrington.

Ella siguió mirándole intensamente, como si desease convencerse plenamente de la realidad de cuanto la rodeaba.

—¿Qué ha pasado?—inquirió. Y, cuando miró en derredor, sorprendida, tornó a preguntar — ¿dónde estamos?

Él le explicó, ocultándole el principal papel que había jugado en todo aquello, la realidad de la existencia del monstruo, su fantástica historia y el triunfo que había logrado al convencerle de que no la hiciese ningún daño.

—Fue una noche que salí, desesperado, al exterior, cuando fui atrapado, como le ha ocurrido a usted. He pasado aquí meses horribles, temiendo a cada instante que el monstruo olvidase las enigmáticas promesas que me había hecho. Pero ahora, muy pronto, la astronave llegará y podremos abandonar para siempre este maldito planeta.

La joven no manifestó desconfianza alguna, creyendo sinceramente que el doctor le estaba contando la verdad. Además, la esperanza de que Henry llegaría muy pronto, la colmó de dicha, evaporando definitivamente las pocas sospechas que podía tener y haciéndole sentir una nueva y sincera, amistad hacia aquel hombre, al que pensaba haber juzgado de equivocada manera.

* * *

En el interior de su proyector monorreactor, el capitán Tibbott veía agrandarse las imágenes de la superficie de Plutón, a medida que se acercaba a la tierra.

Dirigió el aparato hacia las proximidades de la esfera, donde no tardó en aterrizar, saliendo de su bólido rápidamente, con el fusil desintegrador fuertemente cogido con su mano derecha.

El silencio y la quietud de aquellos lugares le hizo estremecerse, muy a pesar suyo. Pero, decidido a esclarecer definitivamente la ardiente pregunta que parecía estar inscrita a fuego en su cerebro,

avanzó hacia la entrada de la torreta, no extrañándole mucho encontrarla abierta de par en par.

Meticulosamente, recorrió las estancias, una a una, intentando descubrir algo que tuviese la categoría de una huella y que pudiese convertirse en algo semejante a la esperanza.

Dos horas más tarde, sin fuerzas ya para rebelarse contra el implacable destino, salía de la esfera, dirigiéndose con lento paso a su aparato.

Una vez, en el aire, la pregunta que se había estado formulando casi de una manera inconsciente, se presentó en su cerebro con una irresistible fuerza.

¿Por qué no habla encontrado los restos de ninguno de los miembros de la expedición?

Podía comprender perfectamente que hubiesen perecido todos. Pero la desaparición absoluta del menor resto humano, le dejaba perplejo. Además, había observado perfectamente el lastimoso estado del almacén y no llegaba a comprender, en forma alguna, que hubiesen desaparecido los víveres, cuya cantidad conocía mejor que cualquiera de los sabios, por haber sido encargado de calcularla.

¿Habrían sido raptados?

Echando una ojeada a la tremenda soledad del planeta, comprendió que era completamente imposible la existencia de alguien vivo que hubiese asaltado la esfera.

Por otra parte, la puerta abierta demostraba que los ocupantes de aquel habitáculo lo hablan abandonado voluntariamente, ya que por parte alguna había traza de lucha, que demostrase una resistencia ante cualquier extraña potencia exterior.

Sobrevolaba rápidamente una amplia zona de terreno, sobre cuyo centro parecían gravitar aquellos tres montes, en cuya proximidad se hallaba la esfera metálica.

De repente, le pareció percibir algo que se movía sobre la helada superficie de la tierra. Al principio, creyó que estaba sufriendo una alucinación, pero, al prestar una mayor atención, comprobó que sus ojos no le habían engañado.

¡Era un hombre!

—Un hombre... o una mujer, Al pensar esto último, su corazón

latió con una nueva fuerza, al tiempo que una grata angustia le oprimía el pecho.

Manejando hábilmente al monorreactor, Henry hizo que el aparato se precipitase hacia aquel moviente objeto que, en aquel momento, era la cosa más importante de su vida. Después de describir un par de círculos alrededor de la silueta, que seguía corriendo, sin hacer caso del ruido del monorreactor, Tibbott se decidió a aterrizar, adelantándose para ello a la carrera de aquella criatura humana que parecía perseguida por un poder invisible.

Una vez en tierra y sin dejar el fusil en su avión, salió al paso del hombre, estremeciéndose al oír, cuando ya se acercaba a él, una espeluznante carcajada que surgía casi constantemente de la torcida boca de aquel desdichado.

No le costó poco trabajo dominar al energúmeno, al que reconoció inmediatamente como al profesor Sterling Mott.

— ¡Por el amor de Dios, Sterling, dígame lo que ha pasado! ¿Dónde están los otros? ¿Dónde está Margaret?

Pero, de la contraída boca del otro, no salía más que aquella horripilante carcajada que parecía no querer acabar nunca.

Dominándolo por la fuerza, le hizo montar en el avión, donde las provisiones que llevaba parecieron calmar un tanto al poseso. Después de visitar la gran parte del planeta, en la que era posible encontrar alguna huella de los desaparecidos, juzgó más prudente regresar a la astronave, donde podría establecer un plan de campaña, ya que no había perdido la esperanza de encontrar a más expedicionarios vivos.

Los trabajos de la turbina marchaban estupendamente y gran parte de la fisura había sido ya reparada. Los hombres del aparato se reunieron asombrados para ver aquella piltrafa humana que, meses antes, habían visto elegantemente vestido en el comedor de lujo de la astronave, en compañía de sus amigos, no menos distinguidos que él.

Parecía imposible que aquel rostro brutal, de vastas facciones, con los ojos constantemente fuera de las órbitas, sufriendo un ininterrumpido temblor del cuerpo y cuya carcajada se repitió muy pronto con mil ecos en el interior de la astronave, pudiese ser una de las inteligencias más grandes de la Tierra.

Una vez que el desdichado fue acomodado, estableciéndose una estrecha vigilancia a su alrededor para evitar que cometiese cualquier desvarío, Henry se reunió con su ayudante y, a puerta cerrada,

estudiaron un detallado plan para intentar encontrar al resto de la expedición.

Ahora ya no podían dudar de la existencia de un enemigo que, aunque desconocido, había demostrado un poder que se habría de tener en cuenta, de forma a poder luchar contra él, sin dejarse atrapar de la estúpida manera que lo habían permitido los desgraciados expedicionarios.

—Tenemos que tener en cuenta—dijo Henry—, que el enemigo que, indudablemente, ha atacado a la esfera posee medios tan potentes y tan poco conocidos, que ha logrado engañar a hombres acostumbrados a las cosas más extrañas y que debían estar preparados a encontrarse en Plutón con toda clase de sorpresas. Eso es, precisamente, lo que me ha extrañado más.

—¿Qué piensa usted hacer, capitán?

—Una vez esté reparada la turbina de la astronave, voy a aterrizar a cierta distancia de la esfera, con todos los reactores en ralentí, de forma a poder despegar en cualquier momento. Si ese enemigo nos tiende una trampa, tendrá que venir al espacio a resolverla con nosotros…

—Pero…, si alguno de nosotros está, en ese momento, fuera del aparato, ¿qué deberemos hacer?

Tibbott comprendió perfectamente el sentido de aquella pregunta.

—Sea quien sea —dijo hablando con lentitud—, la astronave deberá partir, aunque tenga que regresar después.

Al día siguiente, la astronave, completamente reparada, descendió suavemente, y se posó en el lugar fijado por el capitán.

Después de repasar la totalidad de las instalaciones, Henry prohibió a sus hombres que descendiesen a tierra sin su permiso.

—Tú y yo—dijo a Brooks—, vamos a dar una vuelta por la esfera. Haremos una investigación con contadores Geiger y utilizaremos todos los aparatos posibles para ver si encontramos alguna huella. No sé por qué, pero me parece que la solución de todo lo acontecido se encuentra en la propia esfera. De todas formas, luego, con reactores individuales, recorreremos esos montes palmo a palmo, ya que yo he visto la totalidad de la parte llana, donde nadie puede esconderse…

Le interrumpió la llamada de uno de los vigías. Asomándose al exterior, vio que un hombre se acercaba corriendo a la astronave.

Era el doctor Hardy…

CAPÍTULO X

En el comedor de la astronave, Henry y Paul contemplaban en silencio, la desesperada y ambiciosa manera con que el médico devoraba los manjares que acababan de servirles.

Todavía no había dicho casi nada, ya que, nada más subir a bordo, rogó que se le sirviese de comer, pues apenas si se tenía en pie. La ansiedad del capitán era tan grande, que hacía verdaderos esfuerzos para contenerse, comprendiendo que el otro estaba extenuado y que había que dejarle saciar aquel voraz apetito.

Finalmente, cuando el doctor hubo encendido un cigarrillo, cuyo humo aspiró con fruición, Tibbott se decidió a interrogarle.

Hardy habló del monstruo, ligeramente, de su extraño poder y de sus horribles y largos tentáculos que llegaban a todas partes del planeta. También habló de la muerte de los miembros de la expedición y de la cruel manera con que habían acabado sus existencias. Pero, cuando Henry le preguntó por Margaret, el médico se embrolló con complejas contestaciones, acabando por manifestar que tenía la seguridad de que se hallaba viva, pero que no podía decir dónde, porque sencillamente lo ignoraba...

El capitán, contra lo que creía el propio Hardy, pareció conformarse fácilmente con aquella oscura explicación, cosa que dio pie al médico para empezar a hablar de lo que realmente le interesaba.

—¡Tengo toneladas de clepton! —exclamó con los ojos brillantes de codicia—. ¡Imagínese usted, capitán!... ¡Toneladas de maravillosa riqueza! Pienso entregarle una muestra lo suficientemente grande para que los miembros del Gobierno mundial se desmayen al verla. Pero, usted les dirá mi precio, para que le manden a buscarla... ¡No la entregaré sin recibir el oro que exijo!... ¡Luego pienso comprar una astronave como ésta...!

Tibbott le dejaba hablar, percatándose de que algo fallaba en el intelecto de aquel hombre. Le habían dado ropas nuevas y él, con un fútil motivo, pidió que se le diesen “dos” equipos. Aquella extraña petición fue la que pareció tranquilizar a Henry respecto a muchas cosas...

Se interesó mucho el capitán por la radiactividad de los tentáculos del plutoniano y aprobó la maravillosa idea del fallecido profesor Pagan, que había logrado encontrar el único medio de seguir las huellas de las misteriosas "líneas" de fuerza...

Fue completamente imposible desviar la conversación de aquel hombre que parecía pensar solamente en las riquezas que poseía. No hacía más que hablar de ello, exigiendo informaciones sobre el valor de clepton, seguridades de que el oro llegaría, considerándose ya, poco más o menos, como el dueño de un colosal tesoro, hablando de sus futuras propiedades, en la mayoría de los planetas como si ya pudiese disponer libremente de ellas.

Luego, de repente, manifestó que debía irse, para volver, aquel mismo día, con la muestra de Clapton, Cuando Henry se brindó a acompañarle, palideció intensamente, antes de contestar:

—Comprenda, capitán, que no deseo que mi secreto sea descubierto por nadie. ¡Esa riqueza es mía y solamente mía!...—una luz astuta brilló en sus ojos—. Ahora bien, si pudiese dejarme un par de hombres para que me ayudasen a partir el clepton, se lo agradecería mucho... Además, necesito un cortador electrónico, ya sabe usted que ese metal es durísimo...

Henry accedió encantado a aquella inesperada proposición, disponiendo inmediatamente que dos hombres acompañasen al doctor. Luego, mientras hacía que le mostrasen el manejo del cortador electrónico, se unió a su ayudante.

—Coge un reactor individual y pasa al otro lado de esos montes. Te esconderás en cualquier parte, para vigilar a este loco. Estoy casi seguro de que sabe donde se encuentra Margaret. Ya recordarás cómo la miraba cuando vinimos a Plutón...

Entretuvo un poco más a Hardy, dándole instrucciones y consejos, mientras su ayudante volaba velozmente hasta el punto designado. Momentos más tarde, el doctor y los dos hombres abandonaban la astronave.

* * *

Margaret miraba como hipnotizada a la grisácea masa del monstruo mientras se estremecía de horror.

Era aquella la primera vez que se quedaba sola en la cueva y reprochaba mentalmente que Hardy no le hubiese dejado acompañarle a la esfera, ya que era aquel el motivo aparente de su salida, según le

había dicho.

Estaba casi desfallecida y la cabeza le daba vueltas. Las comidas eran cada ves más exiguas, ya que las provisiones de la esfera se habían terminado y, desde entonces, se nutrían con todo lo que el monstruo podía cazar con sus largos tentáculos a lo largo dé la superficie del planeta. Sobre todo, una especie de musgo, de color pardo y sabor ácido que no era capaz de proporcionar una sensación de satisfacción en ninguna forma.

Todo lo que sostenía a la pobre muchacha, todo lo que mantenía aún su fe inalterable, era la esperanza de la pronta llegada de Henry, A veces, cuando meditaba tristemente sobre ello, llegaba a la desesperada conclusión de que nunca vería a la astronave ni al hombre al que tanto amaba. Le parecía como si el destino hubiese marcado ya el final de su existencia, en aquel lejano planeta, al que jamás debía haber ido.

La entrada del médico la hizo alejarse de sus pensamientos y separar su alucinada mirada de la masa gelatinosa del plutoniano. Pero, Hardy, sin hacer caso de ella y dejando un bulto en el rincón, avanzó hacia el monstruo y quitándose la escafandra permaneció inmóvil mucho tiempo.

Margaret le había visto hacer aquello muchas veces, no llegando nunca a comprender lo que significaba aquella especie de monstruoso rito al que el doctor parecía entregarse con bastante frecuencia. En efecto, plantado ante la repugnante bestia, completamente inmóvil y silencioso, parecía adorar a aquella especie de Buda deformado y sin cabeza que, a veces, se le antojaba a la joven.

Ella le había preguntado con insistencia y sólo una vez él le dijo que había logrado hipnotizar al monstruo y que gracias a aquello podían considerarse seguros a su lado

La realidad era muy otra...

—Han llegado los hombres — dijo al monstruo — y tengo dos para ti ahí afuera. Te daré más, si me proporcionas otro bloque de metal como éste — añadió señalando al que estaba no lejos de allí.

Entre tanto, Margaret, curiosamente atraída por el paquete que el médico había dejado en el rincón, se acercó a él y desenvolviéndolo empezó a mirar su contenido. De momento, no comprendió de dónde Hardy podía haber sacado aquella ropa. Ya había notado que él iba mejor vestido y que parecía satisfecho. Pero, en realidad y horrorizada por la presencia del monstruo, no se había fijado excesivamente en

ello.

No recordaba haber visto aquella clase de uniformes en la esfera. En verdad, toda o casi toda la ropa de la esfera había sido robada por el profesor Mott, cuando huyó cobardemente con miss Downey...

Margaret examinaba la ropa, con la fruición que hubiese sentido al comprarse un modelo en Nueva York. Realmente, su cuerpo no estaba cubierto más que por sucios harapos, ya que su traje de astronauta se había desgarrado en muchos sitios y, como Hardy, se había tenido que acostumbrar a la hedionda atmósfera de la cueva. Sintiose íntimamente agradecida, ya que adivinaba la atención del doctor al haberle traído ropa limpia y fuerte.

Lanzando una ojeada al médico, que seguía inmóvil y plantado ante el monstruo, Margaret se escondió, lo mejor que pudo, en el rincón, empezando a desvestirse rápidamente. Se puso el pantalón de magnífica lana, un pantalón interior de nylon, que se adaptaba exactamente a la forma del exterior, una camisa de doble tejido, con una capa de aire y un termorregulador adaptado a la cremallera. Finalmente cogió la amplia y descomunal chaqueta; pero, en aquel instante, cuando colocaba la prenda de forma a ponérsela, sus ojos quedaron hipnotizados por una pequeña etiqueta que llevaba cosida en la parte interna del cuello.

Astronave — “X-321”

Vestuario

Jefe de Nave; Capitán H. Tibbott

Tuvo que apoyarse en el muro de la cueva para no caer sin sentido. Las ideas se agolpaban velozmente en su cerebro, trastornándola profundamente. Ahora empezaba a comprender muchas cosas, respecto a la conducta y actitud de Hardy. Justamente, éste se acercaba...

—¡Está usted guapísima, miss Farrington! Le sienta maravillosamente esa ropa...

Ella hizo un esfuerzo para aparentar tranquilidad y contestó:

—En efecto, me va muy bien esta ropa. Es la única que me sienta bien y en la que me encuentro perfectamente. Le aseguro, mister

Hardy, que dentro de ella me siento más segura que nunca.

Él frunció el entrecejo, intentando adivinar el oculto sentido de aquellas palabras. Luego, con ana sonrisa forzada:

—Le he dicho mil veces que no me llame "mister Hardy" Para usted, deseo ser siempre Julius... ¿Cuándo querrá usted darse cuenta de que la quiero con toda mi alma?

Margaret dejó escapar una risa breve.

—¿Darme cuenta de ello? Sería muy fácil comprobar la verdad de sus palabras. Una simple prueba y...

—¡La que usted desee!—repuso él vivamente, acortando de un paso la distancia, nada grande, que le separaba de la muchacha.

La torva luz que brillaba en sus ojos demostraba elocuentemente la fuerza del deseo; un deseo que sólo la existencia del monstruo y el miedo a perder el clepton había frenado en aquel tiempo que llevaban en Plutón.

—¡La prueba qué usted quiera! — repitió.

—De acuerdo. Voy a solicitarle un deseo, que sé perfectamente que puede concedérmelo... ¡Lléveme a la astronave ahora mismo y me demostrará la realidad de los sentimientos que pretende sentir por mí!

Él volvió a fruncir el entrecejo, mientras intentaba reaccionar ante aquel golpe inesperado. Luego, volviendo a recuperar su sangre fría, tornó a sonreír y atreviéndose a apoderarse de las manos de ella:

—Si la astronave estuviese aquí, no hubiera sido necesario que me pidiese que la llevase. ¡Haría tiempo que estaría usted en ella!

Margaret arrancó sus manos con un gesto brusco de las del hombre. Luego, mirándole fijamente, con los ojos en llamas:

—¡Es usted un perfecto canalla, Hardy! Esa ropa que lleva usted y la que yo me he puesto lleva la etiqueta del aparato de Henry... ¿Qué espantosa mentira le habrá contado respecto a mí? ¡Pero... no Importa!... ¡Henry sabrá encontrarme y usted pagará toda su maldad! ¿Cree que no me he dado cuenta de sus relaciones con ese monstruo? ¡Usted tiene mucha culpa de lo que ha ocurrido a los expedicionarios!... -

Él se lanzó ciegamente sobre ella y la derribó de un puñetazo. Luego con los ojos inyectados en sangre:

—¡Eres una estúpida!… Yo te ofrecía la riqueza sin límite; todo cuanto pudieses desear y tú sigues prefiriendo a ese cretino de piloto que apenas si podrá darte de comer… ¡Pero, tú serás mía, solamente mía o de ese ser al que llamas monstruo y que está deseando, desde hace tiempo, probar el sabor de la carne de una mujer bonita… Desde que devoró a Della, no ha vuelto a comer nada igual… ¡Tú no saldrás de aquí como no sea conmigo! Ese imbécil de Tibbott se irá muy pronto y si se empeña en hacerme la guerra, los tentáculos de mi amigo entrarán en la astronave y no dejarán ni un solo hombre con vida!

Margaret, tendida en el suelo, sentía menos el dolor físico del golpe que acababa de recibir, que la desesperación de sentirse desamparada, cerca del monstruo y de Hardy, a quien la pasión desmedida y su incontrolada ambición hacían más monstruoso que el propio plutoniano,

* * *

Henry separó su mirada de los prismáticos y volviéndose al contramaestre de la astronave, dijo:

—Están tardando demasiado…

Hacia ya cerca de tres horas que Brooks salió con su reactor individual para seguir y espiar al doctor Hardy que se había llevado dos hombres para ayudarle a cortar la muestra de clepton.

Tibbott se estaba dando cuenta de que llegaba el momento de actuar y enseguida llegó a la conclusión de que cada instante que pasase podía serle definitivamente fatal.

—¡Prepara veinte hombres, Horby! Y nada de fusiles desintegradores. Dótelos de cortadores autógenos, revise bien las cargas de los depósitos y salga inmediatamente hacia esos montes. Yo iré con mi reactor, adelantándome a ustedes y les esperaré. Sin orden mía, no hagan nada. Ahora, escúcheme con toda atención. En el momento que cualquier muchacho sienta dificultad en la marcha, qué encienda el cortador autógeno y haga que la llama describa un círculo completo en su derredor. Al mismo tiempo, que todos los hombres hagan lo mismo, incluido usted, naturalmente. Será preciso que lleven una buena reserva de depósitos… ¿Entendido?

—Perfectamente, capitán Tibbott.

Henry, un tanto nervioso, montó en su monorreactor, consciente de que del resultado de la batalla que se disponía a dar, dependían

muchas cosas fundamentales, entre las que no era la menor la vida de todos sus hombres y la integridad de la astronave...

Procurando volar bajo, costeó las bases de los montes, girando alrededor del que los sabios habían dado el nombre de “Uno”. Casi inmediatamente, un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo.

Los dos hombres que habían acompañado a Hardy y el propio Brooks se hallaban en el suelo, retorciéndose y gritando como desesperados, en lucha contra algún poder invisible que parecía atenazarlos.

Tibbott comprendió en seguida lo que ocurría y tras dejar el aparato a pocos metros del lugar, salió, de un poderoso salto, de la diminuta cabina, empuñando su cortador autógeno. En tíos pasos estuvo allí, junto a los cuerpos convulsos de sus hombres y rápido corno una exhalación, pero con cuidado de no destrozar el cuerpo de sus amigos, lanzó la poderosa llama azulada por la proximidad de aquellos miembros que se contraían dolorosamente.

Un acre olor a grasa se desprendió del lugar en que la poderosa llama lamía aparentemente el aire. Luchando bravamente y describiendo círculos a su alrededor cada vez que sentían algún misterioso contacto, Henry logró desembarazar a sus hombres del terrible y mortal peligro que les envolvía.

Un poco más tarde, mientras la expedición que mandaba el contramaestre aparecía por uno de los estrechos valles que separaban los montes, Tibbott lograba arrastrar los cuerpos inánimes de sus compañeros que seguían lamentándose de los horribles dolores que padecían.

El contramaestre y los muchachos a sus órdenes se precipitaron velozmente al encuentro de su capitán. Rápidamente, arrancaron las vestiduras de los atacados y una exclamación de horror brotó de sus gargantas al percatarse de los grandes trozos de carne que faltaban sobre el cuerpo de los muchachos.

Uno de ellos, pese a la rápida cura que le hicieron, falleció en seguida. En cuanto al ayudante de Tibbott y al otro hombre, fueron trasladados velozmente a la astronave, utilizando los reactores del capitán y de su ayudante, que éste había abandonado para ir en ayuda de sus compañeros.

Deteniéndose un poco, para examinar los alrededores con el pequeño contador Geiger que llevaba en la muñeca, Henry se percató de la dirección que parecían seguir las misteriosas e invisibles

prolongaciones del monstruo. Al utilizar aquel procedimiento que había descubierto el desaparecido profesor Pagan y que Henry había tenido la debilidad de contarle, el capitán astronauta se había apoderado de un poder que no podía fallar jamás.

Antes de decidirse a poner en marcha su formación de ataque, Henry formó a sus hombres y con voz potente:

—Voy a haceros unas cuantas advertencias —dijo—. Vamos a luchar contra algo, cuyo poder no conocemos por entero, pero que, por lo que sabemos, se trata de un enemigo de cuidado. Todo depende de nuestra estrecha unión y de la celeridad de nuestros movimientos. La salvación está en la llama de los cortadores autógenos. Ya lo sabéis.

Se puso a la cabeza y con los ojos fijos en el contador Geiger, avanzó hacia la entrada de la cueva, seguido por la totalidad de sus hombres que esgrimían los terribles aparatos, De vez en cuando, uno de ellos o varios a la vez barrían la helada tierra con las rojas llamas de los cortadores, lo que parecía demostrar que los tentáculos del monstruo intentaban hacer presa en alguno…

A la entrada de la cueva, un acre olor a grasa rancia demostró a Henry que se hallaba en el buen camino. Entonces, no haciendo ya caso del aparato de Geiger, empuñó el cortador y avanzó prudentemente, utilizándolo casi sin descanso.

La densidad de los tentáculos aumentaba progresivamente y los Hombres de Tibbott barrían materialmente el suelo. El olor que se desprendía de los tentáculos quemados y cortados brutalmente por la potente llama de los aparatos hacia la atmósfera irrespirable.

Henry ordenó que se cerrasen las llaves de paso y que se respirase el oxigeno puro de los depósitos. De esta forma, los hombres se movieron con más seguridad, sin dejar de “atacar” a cuantas cosas invisibles intentaban detenerles.

Al final de la rampa, se detuvieron unos instantes antes de penetrar en la estancia. Henry lanzó una ojeada a los muchachos y luego haciendo un gesto con la mano, les invitó a adentrarse todos de golpe.

Penetraron en tromba abriéndose paso con los cortadores y llenando la estancia de humo en breves instantes. El monstruo, sin duda alguna, habla recogido la totalidad de los tentáculos que tenia extendidos por el planeta, concentrándolos para atacar a los misteriosos seres que se acercaban.

—¡Henry!

La voz de la muchacha hizo que el capitán se estremeciese. Abandonando el grupo de hombres que se debatían como locos, se lanzó hacia el lugar en que parecía haber surgido aquella angustiosa llamada. En el momento en que distinguía la silueta de Margaret, vio la figura huidiza de alguien qué marchaba precipitadamente hacia los sombríos dominios del plutoniano.

—¡Margaret!

No podían dejarse llevar, en aquellos instantes, de vanos sentimentalismos, la hora de la acción había llegado y cada uno dé los minutos que pasaban podían ser decisivos, tremendamente decisivos...

¡Sal por la rampa y espéranos fuera!... ¡Iremos en seguida!... ¿Quién era ese que huía?

—El doctor Hardy. ¡Está loco!... Quería llevarme junto al monstruo para que tú no me encontrases!... ¡Ten cuidado, Henry; es el amigo de esa repugnante y horrible criatura!

—Ya lo sé... No temas, Margaret y corre cuanto puedas...

Tibbott, al regresar junto a sus hombres, se percató, no sin sorpresa, de que habían retrocedido bastante. La atmósfera era allí de una densidad tremenda y debía ser, sin escafandra, sencillamente irrespirable. Haciendo entrar en función la emisora individual, llamó la atención del contramaestre.

—¿Qué ocurre, Horby?

—¡Es imposible avanzar un solo paso, señor! Nos hemos tropezado con una especie de pared elástica, que por más que quemamos, se va haciendo cada vez más densa.

—Está bien, creo que nuestra misión aquí ha acabado. Vamos a retirarnos. ¿Hay alguna baja?

—Un muchacho levemente herido, capitán.

Las radios individuales funcionaron velozmente y los hombres, obedeciendo la orden de retirada, fueron retrocediendo lentamente, sin dejar de hacer funcionar sus temibles aparatos que seguían escupiendo aquellas rojizas llamas capaces de cortar cualquier sustancia por dura y sólida que fuese.

Una vez fuera, Henry, ya junto a Margaret, organizó la vuelta a la

astronave, desplegando sus hombres que formaban, aproximadamente, un círculo en cuyo centro iba la muchacha. Los cortadores autógenos no dejaban de funcionar un solo instante.

Margaret sujetaba, llevándolo del brazo, al joven herido, cuyo hombro izquierdo, completamente al aire, mostraba una amplia herida, un espantoso “mordisco” de uno de los tentáculos del plutoniano.

El regreso se hizo casi sin novedad. Algunos tentáculos dispersos y seguramente ya separados del cuerpo del monstruo, se habían hecho visibles y seguían moviéndose en él aire, cruzándolo con amplios y terribles latigazos. Parecían serpientes larguísimas que estuviesen muriendo y saltaban como elásticos muelles dotados de vida propia.

La expedición hubo de cambiar de ruta para no atravesar una zona, entre los montes y la astronave, en la que el número de tentáculos era sencillamente impresionante.

Al girar a la derecha, uno de los hombres, que formaba parte del extremo del ala de aquel lado, hizo funcionar nerviosamente su emisora.

— ¡Mi capitán!... ¡Mi capitán!... ¡Venga hacia aquí!...

Temiendo alguna sorpresa desagradable, Tibbott corrió velozmente hacia aquel lado, seguido por el contramaestre. Pronto descubrieron el objeto de la alarma del muchacho.

Unos cincuenta metros a la derecha, se levantaba, sobre la blanca, superficie de la tierra plutoniana, una masa oscura y brillante que ofrecía sus aristas relucientes, destacando sobre la general blancura que la rodeaba.

—¡Un bloque de clepton!

Sirviéndose de su emisora, Henry llamó a la totalidad de sus hombres y, momentos más tarde, las cortantes llamas de los aparatos, fraccionaban aquel inmenso bloque en pequeños y manejables trozos. Cada uno de ellos pesaba horriblemente y todos los hombres, incluso Tibbott cargaron con aquel inmenso tesoro que sería recibido en la Tierra, con un júbilo extraordinario, más que por su valor material, por las amplias y necesarias aplicaciones del clepton.

Las turbinas de la astronave rugían demostrando su extraordinaria potencia. Luego, lentamente al principio, vertiginosamente después, el aparato recorrió una gran extensión de

terreno sobre su tren de aterrizaje; después, mientras las llamas salían por los tubos de escape de su proa, dio un respingo, lanzándose a la infinidad del espacio como una, poderosa flecha azul...

Por fin abandonaban el trágico planeta.

En la cabina de mando, Henry y Margaret contemplaban alejarse aquel mundo de espanto al que no volverían más. Plutón, a medida que la astronave se iba alejando velozmente, se iba convirtiendo en un globo pálido ase acabó perdiéndose en el brillante fondo de estrellas que parecían rodearle...

* * *

Al ver que Tibbott se acercaba, Hardy abandonó a Margaret, comprendiendo entonces que lo único interesante que le quedaba era el bloque de clepton.

¡La riqueza!... ¡El poder!... Aquellas toneladas de metal le convertirían en el hombre más poderoso del universo; un nuevo Creso, del que hablarían las generaciones futuras, aún con asombro.

Dando una rápida vuelta, por detrás de las fuerzas de la astronave, Hardy llegó hasta el lugar en que estaba el clepton. Acarició cariñosamente aquella gigantesca masa que tanto podía significar para cualquier hombre y, especialmente para él. Nada de lo que acontecía a su alrededor le importaba; acariciando con sus trémulas manos el clepton, su mente se limitaba a forjar aquel venturoso futuro próximo en el que ya se veía incluido.

Con los ojos semicerrados y una sensación de íntimo placer que hacía que la sangre corriese con más ardor en sus arterias, el doctor Hardy gozaba anticipadamente de la riqueza que sus manos estaban acariciando. Los recuerdos de la Tierra, de sus maravillosas ciudades y de la espléndida vida que podía disfrutar allí, le habían arrancado brutalmente de la realidad, lanzándole al mundo maravilloso de las quimeras.

Fue más tarde, al recordar el otro trozo de clepton que le había prometido el monstruo, cuando, presa de un pánico indescriptible, salió de la cueva en busca de aquella otra parte de tesoro que había visto, en una ocasión, desde lejos.

Corrió desesperadamente, con los ojos desorbitados, encontrando el lugar, pero no el metal. Solamente algunos pequeños trozos, demostraban que había sido cortado.

—¡Me han robado!... ¡Me han robado!...

Sus gritos se perdían en la inmensa soledad que le rodeaba. Así, yendo de un lado para otro, desde el sitio en que había estado la astronave hasta el lugar de donde le habían cogido el clepton, estuvo dos largos días, gritando desesperadamente y levantando al cielo sus puños cerrados.

Entre tanto, el plutoniano, mortalmente herido, arrastraba su viscosa masa hacia afuera. Sin tentáculos, llevaba ya varios días padeciendo un hambre horrible y sus heridas, muchas rosadas sobre la capa de grasa, estaban aún abiertas, mostrando la intimidad repugnante de aquel ser de pesadilla.

Tardó mucho en salir y mucho más en avanzar, sobre la superficie helada, que no visitaba hacía miles de años, impelido por sus últimas energías y acuciado por un hambre espantosa.

¿Vio a Hardy?... ¿Olfateó su última presa?... ¿Oyó sus desaforados gritos?

Nadie podría decir jamás si aquella criatura veía, olía u oía. Nadie podría decir nada, porque un misterio insondable estaba en el monstruo; un inacabable y terrible misterio, ya que aquel ser era, a la vez de una indiscutible unidad, la suma de todos los plutonianos que habían dejado de serlo hacía millones de años.

Babeando una sustancia rosada, que debía ser algo parecido a la sangre, se arrastraba lentamente, en la negrura del planeta, como la alucinante imagen de la agonía de todo un mundo, cuya parte física había muerto hacía mucho tiempo.

Vista desde arriba, parecía una giba grasienta que se escurriese sobre el hielo o algo que tuviese la lejana apariencia con una medusa, colocada fuera del ambiente natural de su vida, perdiendo su existencia en una, lenta y larga agonía.

Era horrible imaginar que dentro de aquella masa viscosa, millones y millones de seres veían llegar su último instante...

En realidad, Hardy no se percató, hasta que fue demasiado tarde, de la presencia del monstruo. Sin tentáculos, el plutoniano hizo algo semejante a lo que realizan las amibas para capturar a su presa. Deshizo su cuerpo en dos brazos colosales que rodearon por completo al hombre.

Este, al percatarse de lo que le ocurría, lanzó un grito atroz,

intentando vanamente escapar…

En el insondable silencio de Plutón, se oyeron lamentos y llantos de una criatura humana que perecía. Luego, como si se hubiese apiadado de aquel solitario y lejano dolor, una gigantesca carcajada coronó la vida de un hombre que no supo retener su ambición.

Horas más tarde, la masa del plutoniano se congelaba, reduciendo a millones de seres a una roca que aumentó el número de las que habían servido para poner un nombre a las pequeñas montañas heladas…

FIN